ESPACIO

BRUGUERA

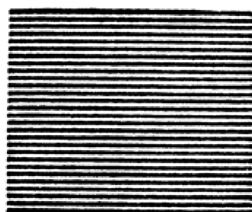
BOLSILIBROS

FUTURO

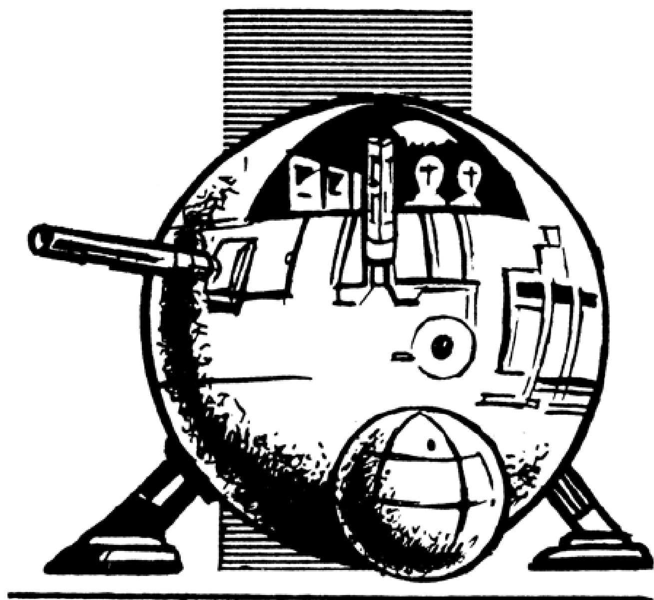
¡LA TIERRA VA A ESTALLAR!

JOSEPH BERNA

SOLO PARA ADULTOS



héroes del ESPACIO





ÚLTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

150 — *Sucederá ayer* — Elliot Dooley
151 — *El largo periplo* — A. Thorkent
152 — *La galaxia del adiós* — Rocco Sarto
153 — *Revivir en Amaltea XII* — Lucky Marty
154 — *La muerte es de metal* — Lem Ryan

JOSEPH BERNA

¡La tierra va a estallar!

Colección
HEROES DEL ESPACIO n.° 155
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
CAMPS Y FABRES. 5 - BARCELONA

ISBN 84-02-09281-0
Depósito legal: B. 5.027 – 1983

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición en España: abril, 1983
2ª edición en América: octubre, 1983

Concedidos derechos exclusivos a favor
de **EDITORIAL BRUGUERA, S A.**
Camps y Fabrés, 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera. S. A.**
Parets del Vallès (N-152. Km 21.650) Barcelona – 1983

CAPÍTULO PRIMERO

Rory Brennan, de veintiocho años de edad, pelo rubio, facciones simpáticas y complexión atlética, sobrevolaba la ciudad de Nueva York en su helimóvil.

Y había mucho que sobrevolar, porque Nueva York había crecido más y más en las últimas décadas. Ahora, transcurrido ya casi la mitad del año 2070, Nueva York era una ciudad inmensa, con una extensión y una altura muy superiores a las de cualquier otra ciudad de la Tierra.

Rory pilotaba un tanto nervioso su aparato volador, porque iba a llegar tarde a su cita con Melba Rischer, que tenía un genio de mil diablos.

Lo sabía mejor que nadie, porque Melba era su novia.

Una novia dulce y encantadora, tierna, cariñosa, complaciente.

Cuando ella quería, claro.

Cuando se enfadaba por algo, era un demonio.

Y aquella noche tenía motivos para estar enfadada, porque Rory le había prometido que estaría en su apartamento a las siete y media en punto, y eran casi las nueve menos cuarto.

Retrasarse unos minutos, no tenía importancia, pero una hora larga...

El caso es que Rory no tenía la culpa, pero eso no impediría que Melba le recibiese de uñas. La última vez que se retrasó, tampoco fue por su culpa, y faltó poco para que su novia le arañara y le mordiera.

¡Y esa vez sólo se retrasó treinta y cinco minutos!

A pesar de todo, Rory sonrió ligeramente al recordar lo que sucedió aquella noche, una vez pasada la tempestad. Melba tardó en calmarse, pero cuando su furia remitió del todo, se amaron larga y apasionadamente, gozando los dos como nunca.

Fue una velada realmente maravillosa e inolvidable.

Rory confiaba en que sí, pero su retraso iba a ser tan excesivo, que la furia de Melba sería muy difícil de aplacar, por muchas explicaciones que él le diese.

Tardó todavía cinco minutos en posar su helimóvil en la azotea del edificio donde vivía su novia. Paró el motor, descendió del aparato rápidamente, y corrió hacia el ascensor.

Rory vestía un traje rojo oscuro, de una sola pieza, con franjas amarillas en los costados. Era ligero, pero resistente, y le quedaba bastante ajustado. El cinturón era ancho y dorado. También las botas, más bien cortas, eran doradas y de un material muy flexible.

El ascensor, en sólo unos segundos, le dejó en la planta donde se hallaba el apartamento de Melba. Lo abandonó con rapidez y pulsó el disco de llamada del apartamento de su novia.

Rory consultó nerviosamente su reloj digital.

Eran las nueve menos diez minutos.

¡Una hora y veinte minutos de retraso!

Rory sintió deseos de sacar bandera blanca.

No pudo hacerlo, porque su pañuelo era de color.

De todos modos, se rendiría sin condiciones.

Aguantaría todo lo que su novia le dijese.

Y lo que le hiciese, porque seguramente habría bofetadas, puntapiés a las espinillas, y hasta puede que algún que otro mordisco en la nariz, las orejas, o la barbilla.

Bien.

Ya le mordería él otras cosas, cuando se calmase.

Y con la habilidad que le caracterizaba.

Entonces, Melba se pondría tierna y…

Rory interrumpió sus pensamientos, porque su novia acababa de abrirle la puerta, envuelta en una bata brillante que dibujaba perfectamente las maravillosas curvas de su cuerpo.

Un cuerpo joven, porque Melba Rischer tenía solamente veintidós años de edad. Su cabello, largo y frondoso, tenía un tono rojizo, y era suave y brillante.

Sus ojos eran verdes, profundos y luminosos.

Sus labios, carnosos y húmedos, resultaban tremendamente excitantes.

En buena lógica, en aquellos momentos debía tenerlos rabiosamente apretados, lo mismo que los dientes, y sus preciosos ojos debían despedir llamaradas de furia.

Sin embargo, no era así.

La expresión de Melba era seria, pero tranquila.

Rory, visiblemente sorprendido, dijo:

—Hola, cariño.

—Pasa, Rory.

—¿No vas a tirarme nada a la cabeza?

—No.

—¿Tampoco vas a sacudirme?

—No.

—¿Ni siquiera a insultarme...?

—No.

—¿Cómo es posible?

—No tengo ganas de hacer nada de eso, sencillamente.

—¿Es que no estás enfadada...?

—Un poco.

—¡Son casi las nueve, Melba!

—Lo sé.

—Me he retrasado casi hora y media, y sólo estás un poco enfadada. Tan poco enfadada, que no se nota. Otras veces, por mucho menos, has estado a punto de devorarme. La verdad es que no lo entiendo. ¿No será que no te encuentras bien, Melba...?

—Me encuentro perfectamente.

—¿Seguro?

—Vamos, pasa de una vez.

Rory Brennan entró en el apartamento de su novia, murmurando:

—Esta no es mi Melba, me la han cambiado.

Ella cerró la puerta.

Rory se atrevió a cogerla por la cintura.

—¿Puedo darte un beso, cariño?

—Después.

—¿Por qué no ahora?

—Estoy un poco enfadada, ¿recuerdas?

—Por eso quiero besarte. Deseo que se te pase cuanto antes ese ligero enfado.

—Se me pasará sin tu ayuda, no te preocupes —aseguró Melba, apartándose de él.

Caminó hacia la sala de estar.

Rory fue tras ella.

Seguía sin explicarse la actitud de su novia.

No era normal que hubiese aceptado tan resignadamente un retraso de casi hora y media.

¿Qué diablos le sucedía a Melba...?

¿Se trataría sólo de una comedia para confiarle...?

Rory empezaba a sospechar que sí, que la calma de su novia era falsa. Seguro que, cuando el menos lo esperase, Melba estallaba como un misil nuclear y le llamaba de todo, mientras le sacudía de firme con las manos y con los pies.

Lo más prudente, sin embargo, era seguirle el juego.

Dejar transcurrir los minutos.

Y, entretanto, intentar aplacar su furia, tan magníficamente contenida.

Se encontraban ya los dos en la sala de estar.

—¿Te apetece beber algo, Rory? —preguntó Melba.

Brennan la abrazó por detrás, con suavidad.

—Me apetece más besarte —respondió, y posó sus labios en el cuello de su novia, recreándose en la caricia.

Ella no protestó.

Rory le besó también la oreja y luego le mordisqueó suavemente el lóbulo.

—Te quiero.

Melba siguió callada, aceptando sumisamente los besos y las caricias de su novio, cuyos brazos la estrecharon con más fuerza. Poco después, la mano derecha de Rory se deslizaba por el escote de la brillante bata y le aprisionaba el seno izquierdo.

—Rory... —murmuró la joven, cerrando los ojos.

Brennan le acarició ambos senos, cálidos y duros, hasta hacerla estremecer de placer.

—He dicho que te quiero, Melba.

—Yo también te quiero, Rory.

—¿Ya no estás enfadada?

—No.

—¿Ni siquiera un poco?

—No.

Rory la hizo dar la vuelta, porque seguía desconfiando de la sumisa actitud de su novia y quería mirarla fijamente a los ojos, para ver si descubría sus verdaderas intenciones.

No descubrió nada raro.

La mirada de Melba era limpia, sincera, emocionada.

—Bésame, Rory —pidió ella, pasándole los brazos por el cuello.

Brennan la besó largamente.

Con ardor.

Su novia le devolvió el beso con la misma pasión.

Rory mandó al diablo su desconfianza y estrujó literalmente el maravilloso cuerpo de Melba, antes de abrirle la bata para poder acariciar sus formas al natural.

Como estaban cerca del sofá, Rory empujó a su novia y la hizo caer suavemente en él, quedando sentados los dos en el moderno mueble, tan cómodo y tan amplio que hasta se podía hacer el amor en él sin temor a caerse.

No sería la primera vez que Rory y Melba se amaban allí, desde luego.

Y parecía que iban a amarse una vez más, a juzgar por la pasión con que se besaban y se acariciaban.

De pronto. Rory notó que las mejillas de su novia estaban húmedas, lo que le hizo interrumpir el fogoso beso que le estaba dando. La miró a los ojos y descubrió que los tenía llenos de lágrimas.

—Estás llorando, Melba... —murmuró, sorprendido.

—Lo siento, Rory.

—¿Qué te sucede?

—Estoy asustada.

—¿Por qué?

—Temo que se confirmen las sospechas de mi tío.

—¿Qué sospecha tu tío?

La joven se mordió los labios y le soltó:

—*Que la Tierra va a estallar, Rory.*

CAPÍTULO II

Rory Brennan se puso en pie de un salto.

—¿Que la Tierra qué...? —exclamó, con ojos agrandados.

Melba Rischer se cerró la bata, porque adivinaba que su novio iba a tardar en acariciar de nuevo sus formas, y repitió:

—Corre peligro de estallar, Rory.

—¿Quién lo dice?

—Mi tío.

—¿Y en qué se basa él para pensar que...?

—Los volcanes.

—¿Volcanes...?

—Están entrando en erupción uno tras otro. Esta tarde, sin ir más lejos, se activó el Cotopaxi, en Ecuador. Ayer, fue el Mauna-Kea, en Hawai. Anteayer, el Etna, en Italia. Hace tres días, el Fuji-Yama. Y un día antes, el Cerapi, en Java. Y no son los únicos volcanes que han entrado en erupción, Rory. Hay más despidiendo humo, llamas y materias ígneas a lo largo y ancho del planeta. Y los que todavía permanecen apagados, empezarán a vomitar fuego y materias incandescentes en los próximos días. Con más violencia que nunca, porque ése es el denominador común de todos los volcanes que se han activado últimamente. Han entrado en erupción con una fuerza y una violencia desconocidas. Y su furia, lejos de remitir, parece crecer por momentos.

Rory Brennan volvió a sentarse en el sofá.

Lo hizo lentamente, sin alterar la expresión de sorpresa que reflejaba su cara desde que oyera decir a su novia que su tío sospechaba que la Tierra iba a estallar.

Rory conocía al tío de Melba.

Se llamaba Norbert Fellner y era un prestigioso geólogo, que vivía también en Nueva York, aunque solía viajar bastante. Su casa se alzaba en las afueras de la colosal ciudad, y Rory había estado allí con Melba en varias ocasiones, visitándole.

El profesor Fellner era un hombre alegre y cordial, simpático de verdad, con el que daba gusto conversar. Y como seguía soltero, a pesar de haber cumplido ya los cuarenta y ocho años de edad, todo su cariño lo depositaba en Melba, su única sobrina, a la que quería

como si fuera su hija.

Rory no sabía qué pensar.

Le parecía un disparate eso de que la Tierra corriese peligro de estallar, pero cuando un hombre tan experto y tan inteligente como Norbert Fellner lo decía...

Podía, estar equivocado, claro.

Pero el famoso geólogo se equivocaba tan pocas veces...

Rory ladeó la cabeza y miró a su novia.

—¿Cómo ha llegado tu tío a una conclusión tan escalofriante? —preguntó, en tono quedo.

—Por la erupción de los volcanes, ya te lo he explicado. Encuentra muy extraño que se estén activando todos casi al mismo tiempo, cuando algunos de ellos, prácticamente la mayoría, llevaban apagados muchísimos años. Tampoco es normal que hayan entrado en erupción con tanta furia. La única explicación posible, para mi tío, es que el interior del globo terráqueo, por alguna causa desconocida, se ha convertido en una gigantesca caldera; en una especie de horno descomunal que lo está fundiendo todo. Por el momento, los volcanes están expulsando parte de las materias que se funden en el interior del planeta, pero muy pronto faltarán lugares por los que vomitar todos esos millones y millones de toneladas de materias incandescentes, la presión será terrible, y entonces...

—La Tierra estallará —musitó Rory.

Melba asintió levemente con la cabeza.

—Así es, Rory.

—Y todos moriremos.

—Irremisiblemente.

Rory movió negativamente la cabeza.

—Tiene que haber alguna manera de evitarlo.

—Ninguna, por desgracia.

—¿Lo dice tu tío?

—Sí.

—Es uno de los mejores geólogos del mundo. ¡Tiene que encontrar la solución! —se desesperó Brennan.

—Lo mismo le dije yo, Rory. Y me respondió que no existe forma humana de apagar esa gigantesca caldera que es en estos momentos el interior de la Tierra. O se apaga por sí sola, lo cual parece muy poco probable, según mi tío, o dentro de sólo unos días el planeta

entero estallará en pedazos y el Sistema Solar habrá perdido el mejor de sus mundos, el único habitable.

Rory Brennan tuvo un claro estremecimiento.

—No, no puede ser... ¡La Tierra no puede dejar de existir, Melba!

—Eso mismo me decía yo, pero...

Rory se puso nuevamente en pie y empezó a pasear por la estancia, nervioso. Melba, mientras tanto, se secó las lágrimas con un pañuelo, en silencio.

De repente, Rory se detuvo y preguntó:

—¿Ha informado ya tu tío al Gobierno, Melba?

—No.

—¿Por qué?

—No tiene pruebas de que la Tierra corre peligro de estallar. Sólo son sospechas, provocadas por las recientes y furiosas erupciones de varios de los volcanes del planeta. Y para poder afirmar que la Tierra puede estallar, hace falta algo más que sospechas. Supongo que estarás de acuerdo, ¿verdad?

—No del todo, Melba. Tu tío es un prestigioso geólogo y sus palabras no serían tomadas en broma por las autoridades. Si fuera yo, un simple periodista, quien afirmara que la Tierra va a estallar, seguramente me tomarían por loco y me encerrarían en un manicomio, pero si lo dice el profesor Fellner...

—Es probable que tampoco le crean. De todos modos, informará al Gobierno, me lo ha prometido.

—¿Cuándo lo hará?

—Sólo está esperando que entren en erupción algunos volcanes más, para que sus palabras tengas más fuerza. Y entrarán, no lo dudes.

—Tal vez sea tarde, Melba.

—¿Para qué, Rory? Nada ni nadie pueden impedir que la Tierra estalle en pedazos, ya lo sabes.

—Pero puede salvarse mucha gente.

—¿Cómo?

—Abandonando el planeta en naves espaciales, antes de que salte en millones de porciones.

—En naves espaciales... ¿Sabes cuántas harían falta para evacuar la Tierra, Rory?

—Bueno, ya sé que no podrán salvarse todos, sino solamente una

pequeña parte de la población terrestre, pero…

—Y tan pequeña. Por eso, el caos sería tremendo. En cuanto se dé la noticia de que la Tierra va a estallar, el pánico se apoderará de todo el mundo y la gente correrá despavorida en busca de las naves que pueden salvar sus vidas. Todos querrán abandonar la Tierra y se matarán unos a otros por conseguirlo. El planeta se convertirá en un infierno, aun antes de estallar.

Rory no replicó, porque sabía que su novia tenía razón.

Cuando el pánico y la desesperación se apoderan de la gente, las personas enloquecen y son capaces de cometer los actos más violentos con tal de ponerse a salvo.

Existían precedentes.

Y en ninguno de esos casos el peligro había sido tan grande como el que ahora se cernía sobre la población terrestre con la posibilidad de que el planeta entero saltase en pedazos.

Era como para ponerse a temblar, sólo de pensarlo.

Rory regresó al sofá y se derrumbó literalmente en él, apoyando la cabeza en el respaldo, con los ojos cerrados.

Melba le acarició tiernamente el rostro.

—¿Comprendes ahora por qué no me enfadé apenas por tu casi hora y media de retraso, Rory?

Este dobló la cabeza y la miró.

—Sí, claro. Estabas pensando en otras cosas.

—Efectivamente.

—Precisamente, el motivo de mi retraso, fue la erupción del Cotopaxi. En seguida que recibimos la noticia en la Redacción, nos pusimos a trabajar todos como locos.

—Lo supuse.

—Vine lo más pronto que pude, te lo aseguro.

—Lo sé.

—Esperaba que me recibieras en plan fiera, aunque confiaba en aplacar tu furia y pasar una velada maravillosa contigo, como la vez que me retrasé treinta y cinco minutos. ¿Lo recuerdas…?

Melba sonrió suavemente.

—¿Cómo iba a olvidarlo?

—Esta noche no podrá ser tan maravillosa como aquélla.

—No, me temo que no. La amenaza que pesa sobre la Tierra entera, es demasiado seria como para olvidarla haciendo el amor.

—¿Se encuentra tu tío en Nueva York, Melba?

—Sí, hablé con él hace un rato.

—¿Por qué no vamos a verle?

—No me extraña que prefieras su compañía a la mía, en estas circunstancias.

—Yo no he dicho eso, cariño.

—Era una broma. Comprendo que desees hablar con mi tío sobre lo que está pasando… y lo que puede pasar. Voy a vestirme.

—Un momento —rogó Rory—, cogiéndola del brazo.

—¿No quieres que me vista?

—Sí, pero luego.

—¿De qué?

Rory le abrió la bata de par en par.

—De esto —respondió, y empezó a besarle los pechos, al tiempo que le acariciaba las caderas, el vientre, los muslos…

Melba se estremeció dulcemente y le cogió la cabeza.

—Creí que no deseabas ya hacerme el amor, Rory.

—Sólo dije que esta noche no podría ser tan maravillosa como aquélla otra. Y no lo será, seguro. Pero vamos a amarnos antes de visitar a tu tío, por si acaso estalla la Tierra antes de lo previsto.

—¡Rory! —exclamó ella, estremeciéndose de nuevo, y no precisamente de placer.

Brennan la besó en los labios con vehemencia y no le dejó decir nada más.

CAPÍTULO III

Mientras Roy Brennan aguardaba a que su novia saliera del dormitorio, vestida ya, se sirvió una copa y encendió un cigarrillo, que fumó con cierto nerviosismo.

Era terrible pensar que aquél podía ser el último cigarrillo que se fumaba en su vida. Y también la última copa que se bebía, si a la Tierra le daba por estallar dentro de unos minutos.

En el fondo, sin embargo, Rory pensaba que no ocurriría nada aquella noche. Si acaso, que otro volcán entrase furiosamente en erupción en algún lugar del planeta, vomitando parte de las materias que se estaban fundiendo en la descomunal caldera que en aquellos momentos ardía en lo más profundo del globo terráqueo.

Si el profesor Fellner esperaba a que algunos volcanes más entrasen en erupción, para informar a las autoridades del peligro que corría la Tierra, es porque estaba seguro de que no estallaría hasta después de que todos los volcanes del planeta estuviesen vomitando lava.

Eso, al menos, pensaba Rory, y le hacía sentirse un poco mejor.

Aunque no mucho, la verdad, porque tampoco descartaba la posibilidad de que la Tierra estallase de pronto, reventando como una sandía madura cuando choca contra el suelo desde una cierta altura.

Se imaginaba las dimensiones que debía de tener el horno que ardía en el interior del planeta, y se le ponía la carne de gallina.

Estaba terminando el cigarrillo, cuando Melba Rischer salió de su dormitorio, luciendo un ceñido pantalón verde y una blusa brillante, con los hombros muy altos y un escote altamente sugestivo. Se había puesto, también, unas botas plateadas que le llegaban hasta las rodillas.

—Estoy lista, Rory.

Este dejó la colilla en el cenicero, apuró su copa, y se levantó del sillón que ocupaba.

—Vámonos, pues.

Caminaron los dos hacia la puerta.

Antes de salir del apartamento, Rory cogió la barbilla de su novia y dijo:

—Estás tan deseable, vestida así, que volvería a hacerte el amor.

—Te recordaré tus palabras cuando volvamos.

—No será necesario que me las recuerdes —aseguró Rory, y la besó en los labios.

Después, abandonaron el apartamento, subieron a la azotea, utilizando el ascensor, y montaron en el helimóvil de Rory, que segundos más tarde partía en dirección a la casa de Norbert Fellner.

De haber sabido lo que iban a encontrar allí, Rory y Melba habrían ido primero a la policía. Pero, como ni siquiera lo sospechaban, Rory guio tranquilamente su aparato volador hasta la casa del prestigioso geólogo.

* * *

Minutos después, Rory Brennan posaba su helimóvil frente a la hermosa casa de Norbert Fellner. Paró el motor, esperaron unos segundos para que las hélices perdieran fuerza y el remolino de aire no resultara tan molesto, y luego Rory y su novia descendieron del aparato.

Caminaron hacia la puerta, pisando el verde y cuidado césped.

Fue Melba Rischer la que pulsó el disco de llamada.

Dos minutos después, la puerta seguía cerrada.

Rory y Melba se miraron, extrañados.

—Parece que no hay nadie —dijo el primero.

—No es posible. Mi tío no pensaba salir esta noche. Me dijo que tenía trabajo —respondió Melba.

—Quizá tuvo que salir de improviso.

—¿Y Viviana...?

Viviana Sanford era la mujer que cuidaba de la casa del profesor Fellner. Una mujer joven, todavía, ya que contaba treinta años de edad.

Rory la conocía.

Y le parecía una morena muy atractiva, con la que seguramente Norbert Fellner había compartido su cama más de una vez. Era lógico pensarlo, siendo soltero el geólogo y Viviana también.

Por eso, y como respuesta a la pregunta de su novia, Rory dijo:

—Temo que nuestra llegada haya sido bastante inoportuna,

Melba.

—¿Inoportuna?

—Sí.

—¿Por qué?

—Sospecho que tu tío y Viviana están en la cama.

—¡Rory! —exclamó ella.

—¿Por qué pones esa cara, cariño? ¿Es que a tu tío no le gustan las mujeres...?

—¡Por supuesto que le gustan!

—¿Entonces...?

—Si mantuviera relaciones íntimas con Viviana, me lo habría dicho.

—¿Por qué?

—No tiene secretos para mí. Ni yo para él.

—¿Le has dicho tú que haces el amor conmigo?

—No es necesario, él ya lo supone.

—Bueno, pues quizá tu tío piense también que tú supones que hace el amor con Viviana, y no estime necesario confesártelo.

Melba emitió un gruñido.

—No están en la cama, estoy segura.

—¿Por qué tardan tanto en abrir, entonces...?

—No lo sé. Quizás hayan salido los dos.

—¿Juntos?

—¿Por qué no?

—Bien, tú dirás lo que hacemos, nena. ¿Esperamos a que vuelvan, o regresamos a tu apartamento?

Melba, tras unos segundos de vacilación, decidió:

—Vamos a entrar. Rory.

—¿En la casa?

—Sí.

—¿Por dónde?

—Por una ventana.

—Como dos cacos, ¿eh?

—Tengo la corazonada de que ha sucedido algo, Rory.

—¿El qué?

—No lo sé. Pero quiero averiguarlo. No me marcharé tranquila si no echo un vistazo a la casa y me aseguro de que todo está en orden.

—Está bien, nos colaremos por aquella ventana. Está entreabierta

—Rory la señaló.

—Vamos.

Fueron los dos hacia la ventana.

Como quedaba un poco alta, Rory cogió a su novia por la cintura y la aupó. Melba se introdujo en la casa y luego se coló Rory.

Las luces estaban encendidas, lo que hizo comentar a Melba:

—Si mi tío y Viviana hubiesen salido, habrían apagado las luces interiores. ¿No crees, Rory?

—Sí.

—Están en casa, seguro.

—En la cama, ya verás. Y haciendo el amor con tanta pasión, que ni siquiera oyeron llamar.

Melba lo miró severamente.

—Me dan ganas de darte una bofetada, ¿sabes?

—Está bien, no te enfades. Si están en la cama o no, pronto lo sabremos. Anda, vamos a echar un vistazo a todo.

Rory y Melba salieron de la habitación a la que correspondía la ventana por la cual se habían colado en la casa, dieron unos pasos, y luego se quedaron clavados.

Acababan de descubrir a Viviana Sanford.

Yacía en el suelo y estaba muerta.

Horriblemente muerta.

CAPÍTULO IV

Melba Rischer dio un grito y se abrazó a su novio.

—¡Rory!

Rory Brennan la estrechó contra sí, tan impresionado como ella, aunque él siguió contemplando el cadáver de Viviana Sanford, mientras se preguntaba qué clase de muerte había encontrado.

Era difícil responderse, porque el cuerpo de la infortunada Viviana presentaba un aspecto realmente alucinante. Su piel había adquirido un tono azulado y se había tornado rugosa. Los ojos, extremadamente abiertos, también se habían vuelto de ese color.

Hasta los dientes habían adquirido un tono azulado.

Rory lo pudo comprobar porque la desgraciada tenía la boca abierta de par en par, como si la muerte le hubiera llegado en el instante en que lanzaba un tremendo grito de terror.

O de dolor.

La lengua, como todo lo demás, tenía ese horrible tono azulado.

Melba volvió la cabeza lentamente y miró de nuevo el cuerpo sin vida de Viviana. Antes, se había fijado sólo en su cara, pero ahora pudo comprobar que también sus manos, horriblemente crispadas, como si quisieran arañar el brillante suelo, se habían vuelto azules, uñas incluidas.

Viviana vestía una blusa color salmón y una falúa amarilla, corta y brillante, por lo que sus bien formadas piernas quedaban visibles hasta muy arriba.

También las tenía azuladas.

Rígidas.

Rugosas...

Ya no eran unas piernas bonitas.

Se habían vuelto horribles, como el resto de su persona.

Melba aplastó de nuevo su cara contra el pecho de su novio.

—¡Es espantoso, Rory!

—No sé qué ha podido ocurrir —murmuró Brennan.

—¡Te dije que había sucedido algo en esta casa! ¡Lo presentía!

—Sí, pero esto...

—¡Mi tío también debe estar muerto!

—Lo averiguaremos, Melba.

La joven levantó la cabeza y lo miró a los ojos, los suyos húmedos de lágrimas.

—¿Quién los ha matado, Rory? ¿Y con qué? ¿Qué clase de arma utilizó contra ellos?

—La más horrible de todas, sin duda —respondió roncamente él —. Pero no adelantemos acontecimientos, Melba. Mientras no hallemos el cadáver de tu tío, no debemos hablar de él como si ya estuviera muerto.

—¡Seguro que lo está!

—Tal vez no.

—Busquémoslo, Rory.

—Sí, vamos. Pero, antes, quiero examinar de cerca el cuerpo de Viviana.

—¿Para qué? ¡Ya es demasiado horroroso visto desde aquí!

—Tengo que saber si todo su cuerpo ofrece el mismo aspecto.

—Yo me quedo aquí.

—Sí, será mejor.

Rory se separó de su novia y se acercó al cadáver de Viviana.

Le levantó la falda hasta casi la cintura, descubriendo totalmente sus muslos y sus caderas, así como parte de su vientre, ya que el reducido slip rojo sólo cubría su triángulo íntimo.

El tono azulado de su piel se extendía por todos esos sitios, lo mismo que su rugosidad.

Rory le abrió la blusa y descubrió su pecho.

Los macizos senos de Viviana, tersos y hermosos antes de sufrir aquella horrorosa transformación, se habían vuelto muy feos, como todo, porque tampoco el pecho de la infortunada sirvienta se había librado del tono azulado y de las rugosidades.

Rory, con el estómago encogido, se irguió y regresó junto a su novia.

—Toda su persona está igual, Melba.

—Sí, ya lo he visto —musitó ella, estremecida.

—No tiene herida alguna. Es como si se hubiese bebido un vaso entero del más horrible de los venenos, provocando el cambio de color de su carne, de sus órganos, el envejecimiento de su piel…

—Busquemos a mi tío, Rory.

—Sí.

Echaron a andar, sorteando el cuerpo sin vida de Viviana Sanford.

Melba temía encontrar de un momento a otro el cadáver de su tío.

Y Rory también, a pesar de sus palabras de antes. Las pronunció para consolar a su novia, pues, en el fondo, pensaba que el geólogo estaría tan muerto como su sirvienta.

Afortunadamente, ambos se equivocaron, porque registraron toda la casa y el cadáver de Norbert Fellner no apareció. Y como el geólogo tampoco apareció vivo, Rory dedujo:

—Tu tío ha sido secuestrado, Melba.

* * *

Melba Rischer abrió la boca.

—¿Secuestrado...?

—Sí, es la explicación más lógica —respondió Rory Brennan—. Vinieron por él, asesinaron a Viviana, porque ella no les interesaba, y se llevaron a tu tío. Por eso no hemos encontrado su cadáver, y sí el de la pobre Viviana. Tu tío sigue con vida, Melba, así que debes alegrarte.

—¿Alegrarme, sabiendo que se encuentra en poder de los hombres que dieron una muerte tan horrible a Viviana...?

—Bueno, es mejor que continúe vivo, aunque esté en manos de esos desalmados, que muerto. Por Viviana, nadie puede hacer nada ya. Tu tío, en cambio, puede ser rescatado por la policía.

—¿De veras lo crees? —preguntó la joven, escéptica.

—Bien, sé que no será fácil, pero...

—¿Por qué lo han secuestrado, Rory? ¿Qué quieren esos hombres de él?

—No lo sé.

—¿Dinero...?

—Es posible.

—Si es así, me lo pedirán a mí. Soy su único pariente.

—Lo sé.

Melba lo abrazó.

—Tengo miedo, Rory.

—No te sucederá nada, no temas. Me tienes a mí, y ya sabes que daría mi vida por ti, si fuera necesario. No dejaré que nadie te haga

daño.

—Gracias, Rory —sonrió levemente ella, y le besó.

—Avisemos a la policía.

—¿Crees que debemos hacerlo?

—Desde luego. Son los únicos que pueden rescatarlo.

—¿No pondremos en peligro la vida de mi tío, Rory?

—La vida de tu tío ya está en peligro, Melba. Por eso insisto en que informemos de su desaparición a la policía. Además, estamos obligados a comunicarles la muerte de Viviana. Es un crimen que no podemos silenciar.

—Tienes razón.

—Vamos, cariño.

Fueron hacia el videófono que tenían más cerca, que era el del salón. Rory se dispuso a efectuar la llamada, pero no pudo hacerla, porque la pantalla no se iluminaba.

—¿Qué sucede? —preguntó Melba.

—Este videófono no funciona.

—¿Cómo es posible?

—No se enciende la pantalla, ya lo ves. Está averiado.

—¿Una avería accidental… o deliberada?

—Sospecho que lo segundo —rezongó Rory.

—Los hombres que secuestraron a mi tío, ¿eh?

—Sí, ellos debieron inutilizar el videófono, antes de irrumpir en la casa. Querían asegurarse de que tu tío o Viviana no pudieran hacer uso de él, cuando se vieran en peligro.

—Entonces, será inútil que intentemos utilizar los otros videófonos de la casa. La avería debe ser exterior.

—Seguro.

—Abandonemos la casa, Rory.

—Sí, informaremos a la policía personalmente. Vamos, Melba.

Salieron del salón y fueron rápidamente hacia el vestíbulo.

Estaban a punto de alcanzar la puerta, cuando se escuchó una terrible explosión.

—¡Rory! —chilló Melba, agarrándose a su novio.

Este dio un salto hacia adelante y abrió la puerta, descubriendo la causa de la explosión.

¡Su helimóvil había estallado en mil pedazos!

* * *

Rory Brennan contempló, con ojos dilatados, los restos de su aparato volador. Estaban esparcidos por el césped y algunos de ellos ardían, haciendo que el espectáculo fuera aún más estremecedor.

Melba Rischer contemplaba también lo que quedaba del helimóvil de su novio, absolutamente perpleja.

—Ha estallado… —murmuró.

—Lo han hecho estallar, que no es igual —masculló el periodista.

Su novia sintió un escalofrío.

—¿Quién, Rory?

—Alguien que no desea que salgamos de esta casa.

—¿Estás pensando en…?

Brennan la miró un instante.

—Sí, Melba; en los hombres que asesinaron a Viviana y secuestraron a tu tío.

CAPÍTULO V

Melba Rischer sintió que le flaqueaban las rodillas.

Movió los labios, con intención de decir algo, pero no le salió la voz. El terror la había dejado muda.

Rory Brennan cerró la puerta y echó el cerrojo.

—No podemos salir de aquí, Melba.

Su novia hizo un esfuerzo y consiguió balbucir:

—¿Has…, has visto a alguno de ellos, Rory…?

—No, pero sé que están aquí, esperando que salgamos para caer sobre nosotros.

—¿Por qué quieren atraparnos?

—Para que no informemos a la policía del secuestro de tu tío y de la muerte de Viviana, está claro.

—¿Qué vamos a hacer, Rory?

—Intentaremos salir por una de las ventanas de la parte de atrás.

—Tendrán la casa rodeada.

—Es posible. Pero siempre tendremos más probabilidades de escapar por detrás que por aquí. Si tuviera un arma…

—Mi tío tiene una pistola de rayos láser.

Rory respingó de alegría.

—¿Dónde?

—En su despacho. En uno de los cajones de su mesa.

—¿Por qué no me lo dijiste cuando estuvimos allí…?

—No se me ocurrió.

—¡Corramos en busca de esa pistola!

Se lanzaron los dos hacia el despacho de Norbert Fellner.

La pistola de rayos láser estaba en el primer cajón de la derecha.

Rory la empuñó con firmeza y dijo:

—Ahora tenemos más posibilidades de escapar, Melba.

—No olvides que tienen a mi tío, Rory —recordó la muchacha.

—¿Qué quieres decir?

—Si matas a alguno de ellos, pueden…

—¿Liquidar a tu tío?

—Sí.

—Te diré una cosa, Melba. No creo que lo secuestraran por dinero.

—¿No?

El periodista movió la cabeza.

—Sospecho que la razón es otra.

—¿Cuál?

—Sus secuestradores no quieren que diga a nadie que la Tierra va a estallar.

Melba parpadeó.

—¿Que no quieren que...?

—Sí, eso es lo que pienso.

—Pero, ¿por qué?

—No lo sé, Melba. El caso es que su secuestro ha coincidido con sus sospechas de que la Tierra corre el peligro de reventar como un melón. Y como yo no creo en las coincidencias, no puedo evitar el relacionar un hecho con el otro.

La joven se llevó las manos a las sienes y se las oprimió.

—No entiendo nada, Rory.

—Yo tampoco, pero así están las cosas. O intentamos escapar, haciendo uso de esta pistola, o nos dejamos atrapar por los secuestradores de tu tío y que hagan lo que quieran con nosotros. Tú decides, Melba. Pero, antes de responderme, recuerda lo que hicieron con Viviana.

La sobrina de Norbert Fellner se estremeció.

—Intentemos escapar, Rory. Y si te ves obligado a hacer uso de la pistola, no dudes en disparar. En realidad, no creo que la vida de mi tío dependa de que tú mates o no a alguno de sus secuestradores. Lo que tengan decidido hacer con él, lo harán de todos modos.

—Lo mismo pienso yo, Melba.

—Vamos, Rory. No perdamos más tiempo.

Brennan la cogió de la mano y salieron del despacho, dirigiéndose hacia una de las ventanas que daban a la parte de atrás. Casi la habían alcanzado ya, cuando alguien surgió de pronto a su derecha.

Al verlo, Melba dio un chillido de terror.

Y con razón, porque se trataba de un ser realmente terrorífico.

No era terrestre, desde luego.

Y empuñaba un extraño fusil.

Por fortuna, Rory reaccionó con celeridad y disparó la pistola del geólogo.

La distancia era muy corta.

No podía fallar.
Y no falló.
El rayo láser alcanzó en el pecho al ser de otro mundo y lo fulminó literalmente. Apenas tuvo tiempo de emitir una especie de ronquido, más propio de un cerdo, mientras se desplomaba.
Quedó tendido en el suelo.
Muerto.
El extraño fusil yacía junto a él.
Por suerte, el extraterrestre no había llegado a dispararlo.
Ahora, Rory y Melba pudieron fijarse mejor en el horripilante ser.
Era más bien pequeño, ya que no mediría ni siquiera un metro cincuenta de estatura. Tenía cabeza, tronco, brazos y piernas, como los terrestres, pero todo ello era horrible.
Para empezar, el color de su piel era de un verde rana que daba asco. Se trataba, además, de una piel gruesa, dura, como de animal, llena de grietas.
La cabeza, desprovista de pelo, tenía forma de pera en posición inversa a como cuelga del peral. Es decir, que la parte más gruesa correspondía a la frente y la más estrecha al cuello.
Ojos, sólo tenía uno.
Justo en medio de la frente.
Era, eso sí, un ojo grande.
Redondo.
Salido...
Un ojo realmente monstruoso.
Donde debía tener la nariz, tenía solamente un extraño orificio que parecía palpitar ligeramente. Lo pareció, al menos, en los primeros instantes. Ahora, ya no.
Con la llegada de la muerte, el extraño orificio se había quedado rígido, como todo lo demás.
A diferencia del ojo, la boca del ser era pequeña, aunque de labios gruesos y levantados, lo que le permitía enseñar sus dientes de roedor. No eran blancos, sino verdosos, como su piel.
Y como su lengua, que por cierto era bífida, como la de las serpientes. Era estrecha y larga. Por eso asomaba varios centímetros por su entreabierta boca.
En vez de orejas, el escalofriante ser tenía un par de pequeñas antenas, que le nacían en la parte gruesa de su cabeza, una a cada

lado.

Como vestía una especie de mono plateado, el cuerpo, los brazos y las piernas quedaban a cubierto, aunque no así sus manos.

Ni sus pies, porque iba descalzo.

Las manos, de sólo cuatro dedos, rematados por unas uñas muy largas y afiladas, eran auténticas garras. En cuanto a los pies, igualmente de cuatro dedos, más parecían patas.

El rayo láser había destrozado el traje y parte del pecho del horrible ser. De la espantosa herida, fluía un líquido verdoso que olía bastante mal.

Rory se atrevió a recoger el arma del extraterrestre, con su mano izquierda, y la examinó.

—Con esto mataron a Viviana... —adivinó.

Melba, toda temblorosa y sin color en las mejillas, apuntó el cuerpo sin vida del alienígena y exclamó:

—¡No es un ser de este mundo, Rory!

—No, no lo es.

—¿Qué significa esto? ¿Qué está pasando aquí? ¿En poder de quién está mi tío...?

—De estos seres, no cabe duda. Ellos se lo llevaron.

—¿Por qué?

—Sospecho que por la misma razón que antes te expuse. No quieren que tu tío informe a las autoridades de que la Tierra va a estallar. Y creo saber por qué no quieren.

—¿De veras?

—Ellos desean la destrucción de la Tierra.

—¿Qué...?

—Sí, Melba. Quieren que nuestro planeta estalle en pedazos. Y como eso es lo que desean, han provocado la erupción de varios de nuestros volcanes.

La muchacha respingó.

—¿Ellos...?

Rory asintió con la cabeza.

—Es cosa suya, estoy seguro. No sé cómo pueden activar un volcán, pero saben hacerlo. El Cotopaxi, El Mauna-Kea, el Etna, el Fuji-Yama, el Merapi, y los otros, han entrado en erupción porque estos malditos seres han querido. Y activarán los que permanecen apagados en los próximos días. Después, la Tierra saltará en pedazos.

No podrá resistir la presión, como dijo tu tío. Y, para que no se lo pueda decir a nadie más, estos seres lo capturaron.

—¿Y cómo sabían ellos que mi tío...?

—Lo ignoro. Pero es evidente que lo sabían. Quizá captaron su conversación contigo.

Melba sintió que se le erizaba el vello.

—Si captaron nuestra conversación, sabrán que yo también estoy enterada.

—Efectivamente.

—Por eso quieren atraparme, como a mi tío.

—Sí.

—O quizá liquidarme, como a Viviana.

—No, Melba. Si liquidan a alguien, será a mí. Yo no les sirvo para nada.

—Y yo tampoco, Rory.

—Eres la sobrina del profesor Fellner, y ellos lo saben. Si no han querido causarle daño a él, tampoco te lo causarán a ti, por el momento, al menos.

—Lo dices para tranquilizarme. En el fondo, sabes que estoy tan en peligro como tú.

Rory dejó en el suelo el fusil del extraterrestre y cogió de la mano a su novia.

—Vamos, Melba. Tenemos que salir de aquí como sea.

CAPÍTULO VI

Rory Brennan se asomó cautelosamente por la ventana.

Como no vio a ninguno de aquellos seres, pasó por ella y saltó al suelo, con la pistola de rayos láser fuertemente apretada.

—Rápido, Melba —apremió, sin alzar la voz.

Melba Rischer saltó también por la ventana.

Rory la cogió nuevamente de la mano y tiró de ella, llevándola hacia los árboles. Estaban a punto de alcanzarlos, cuando vieron aparecer a dos extraterrestres por un lateral de la casa, armados también con fusiles.

Los alienígenas no se lo pensaron y dispararon sobre los terrestres.

—¡Al suelo, Melba! —gritó Rory, empujándola.

La muchacha cayó de bruces.

Gracias a ello salvaron los dos la vida, porque los rayos azulados que escupieron los fusiles de aquellos pequeños seres de piel verdosa y cabeza de pera pasaron por encima de sus cuerpos, yendo a chocar contra sendos árboles.

Pobres árboles...

Sus troncos y sus ramas se tornaron azulados y se secaron en un santiamén. Melba pudo verlo perfectamente, puesto que miraba hacia allí, y la sangre se le heló en las venas.

Rory, por el momento, no se enteró.

Estaba respondiendo al ataque de la pareja de extraterrestres, desde el suelo, bien pegado a la tierra. Efectuó varios disparos seguidos, porque ahora la distancia era mayor y no estaba seguro de acertar a las primeras de cambio.

Pero alcanzó a los alienígenas.

Y antes de que dispararan de nuevo sus temibles fusiles.

Los dos extraterrestres se desplomaron, emitiendo sendos ronquidos de muerte, y quedaron desmadejados en el suelo.

Rory se pudo en pie de un salto y agarró del brazo a su novia.

—¡Arriba, Melba!

Ella se irguió también.

Echaron los dos a correr y se metieron por entre los árboles.

Rory volvió un instante la cabeza, pero no descubrió más

hombrecillos verdes armados con fusiles.

—¡No te pares, Melba!

—¿Nos siguen, Rory?

—¡Por el momento, no! ¡Pero nos conviene alejarnos lo más posible de la casa de tu tío!

—¡Desde luego!

Siguieron corriendo los dos.

Rory miraba continuamente hacia atrás, para asegurarse de que no eran perseguidos por los extraterrestres.

A unos cuatrocientos metros de la casa de Norbert Fellner, había otra casa. Y tenía las luces encendidas.

Rory y Melba la alcanzaron, jadeantes por la veloz carrera que se habían pegado. Frente a la casa, se veía posado un helimóvil.

El periodista estuvo tentado de tomarlos sin pedir permiso a su dueño., pero se dijo que las personas que estuviesen en aquella casa corrían peligro, por la proximidad de los seres que habían capturado al profesor Fellner y asesinado a Viviana Sanford.

Debían avisarles y pedirles que abandonaran la casa, por si aparecían los alienígenas. Y seguramente aparecerían, porque los estarían buscando a él y a Melba como locos, para impedirles informar a la policía de lo que sabían.

Rory y Melba corrieron hacia la puerta de la casa.

El periodista llamó.

Tardaron apenas medio minuto en abrir, pero a ellos les pareció una eternidad, porque temían ver surgir de un momento a otro a algunos de aquellos horribles seres.

La puerta había sido abierta por un hombre de unos cuarenta años.

Y el tipo, que iba en bata, se asustó al ver que Rory esgrimía una pistola de rayos láser.

—¿Qué es esto, un atraco...? —exclamó, dando un salto hacia atrás.

—No, tranquilícese —respondió Brennan, bajando el arma—. Entremos, Melba.

Penetraron los dos en la casa y cerraron la puerta, no sin antes echar una nerviosa mirada a los alrededores.

—¿Les persigue alguien...? —preguntó el cuarentón.

—Nos tememos que sí —respondió Rory.

—¿Por qué?

—Sería largo de explicar, amigo. Y no tenemos tiempo.

En aquel momento apareció una mujer rubia, de unos treinta y cinco años, que iba también en bata.

—¿Qué sucede, Eric...?

El tipo explicó:

—Es Karin, mi mujer. Yo me llamo Eric Wallace.

—Mi nombre es Rory —se presentó el periodista—. Ella se llama Melba, y es mi novia.

—¿Qué podemos hacer por ustedes? —preguntó Eric.

—Llevarnos a la ciudad. Nuestro helimóvil estalló.

Los Wallace cambiaron una mirada.

—Oímos una explosión, no hace mucho —murmuró el marido.

—Era nuestro helimóvil, que estaba saltando en pedazos.

—¿Cuál fue la causa? —preguntó la mujer.

—Está bien, me vestiré y les llevaré —accedió Eric.

—Pero, vamos los dos en bata...

—No importa.

—¿Por qué tenemos que ir los dos? —preguntó Karin.

—Correría usted peligro si se quedara en la casa, señora Wallace.

—¿De veras? —se asustó la mujer.

—Sí, un gran peligro, créanos —intervino Melba.

Los Wallace volvieron a mirarse.

Eric cogió del brazo a su mujer y dijo:

—Vamos, Karin. Debemos hacer lo que nos dicen.

—Sí.

—Esperen, debo echar un vistazo antes —dijo Rory, y entreabrió la puerta cautelosamente.

Escrutó los alrededores, pero no vio a ninguno de aquellos horribles seres de cuerpo verdoso y un solo ojo en medio de la frente.

—Podemos salir —indicó, abriendo más la puerta.

Salió de la casa, con la pistola de rayos láser presta a disparar.

Tras él, salió Melba.

Luego, lo hicieron los Wallace, visiblemente preocupados.

—Subamos al helimóvil, rápido —dijo Rory.

Corrieron los cuatro hacia el aparato volador.

Y fue precisamente entonces cuando surgieron los extraterrestres.

Cuatro, exactamente.

Disparando sus fusiles.

—¡Al suelo todos! —rugió Rory, derribando a Melba.

Los Wallace fueron incapaces de reaccionar.

El aspecto de aquellos pequeños seres verdosos los había dejado absolutamente paralizados, lo cual resultó fatal para ellos, porque fueron alcanzados por los temibles rayos azulados.

Eric y Karin lanzaron sendos alaridos y cayeron al suelo, entre estremecedoras convulsiones, mientras la piel de sus cuerpos se tornaba azulada y se llenaba de rugosidades.

Melba también chilló, pero de horror, porque estaba contemplando la espantosa transformación de los Wallace.

Rory, por su parte, respondía al ataque de los alienígenas, enviando una serie de rayos láser contra ellos.

Dos de los extraterrestres habían sido alcanzados ya y se habían venido abajo, entre agónicos ronquidos.

Los otros dos intentaron acabar con Rory y Melba, pero el periodista logró anticiparse en los disparos. Y, como no falló, la pareja de seres se desplomaron, con el pecho destrozado por los poderosos rayos láser.

No aparecieron más extraterrestres, por lo que Rory se puso en pie y ayudó a su novia a levantarse. Hizo bien en ayudarla, porque ella no tenía fuerzas suficientes para levantarse por sí misma.

Estaba muy pálida.

Absolutamente demacrada.

Rory temió que se derrumbara y la abrazó.

—Trata de sobreponerte, cariño.

—No puedo… —musitó, sin apartar los ojos de los cuerpos de Eric y Karin Wallace.

Habían dejado de convulsionarse.

Eran ya cadáveres.

Dos cadáveres azulados y rugosos.

Horribles.

Eric y Karin, al igual que Viviana, habían muerto con los ojos extremadamente abiertos. También tenían la boca abierta, mostrando sus ahora azulados dientes y su también azulada lengua.

Las manos, horriblemente crispadas, arañaban la tierra.

Bueno, ya no.

Con la llegada de la muerte, sus cuerpos se habían quedado

espantosamente rígidos y sus uñas, aunque clavadas en la tierra, ya no se movían.

Rory comprendía perfectamente el estado de su novia, porque él se sentía igual, pero no podía dejarse dominar por el horror, así que la empujó hacia el helimóvil de los Wallace.

—Vamos, Melba. No podemos seguir aquí, esperando que nos maten también.

Subieron los dos al vehículo volador.

Rory lo puso rápidamente en marcha y el aparato se elevó, alejándose de la casa de los infortunados Wallace.

CAPÍTULO VII

El helimóvil de los Wallace sobrevolaba ya la ciudad de Nueva York, pilotado por Rory Brennan, pero Melba Rischer seguía temblando en su asiento.

—¿Te sientes mejor, Melba?

—No.

—Podemos considerarnos a salvo.

—Sólo momentáneamente.

—Esos malditos seres no nos han seguido.

—¿Estás seguro?

—La casa de tu tío ha quedado lejos, el peligro ha pasado para nosotros.

—Tengo mis dudas, Rory. Esos seres querían matarnos. A los dos, no solamente a ti. A mí tampoco me necesitaban viva, tal como yo suponía. No querían atraparme, sino liquidarme con uno de sus malditos rayos azulados.

—Por fortuna, logramos escapar.

—Los Wallace no tuvieron la misma suerte.

—No, es cierto. Les grité que se arrojaran al suelo, ya lo oíste, pero se quedaron paralizados por la sorpresa y...

Melba se cubrió el rostro con sus manos.

—¡Fue horrible, Rory! —sollozó.

—Sí.

—Aún me parece oír sus alaridos y ver sus estremecedoras convulsiones, mientras sus cuerpos se tornaban azulados y se llenaban de arrugas... ¡Qué espanto, Dios!

—Nos queda el consuelo de haberlos vengado, matando a los cuatro seres que nos atacaron. Y como antes habíamos matado a otros tres, puede decirse que también hemos vengado a Viviana.

—Y a mi tío, tal vez —murmuró la muchacha.

—Tu tío sigue vivo, Melba.

—¿Cómo lo sabes?

—No encontramos su cadáver.

—Quizá no lo mataron en la casa.

—No, estoy seguro de que tu tío no ha muerto, Melba. Lo tienen esos horribles seres en su poder.

—¿Para qué lo necesitan?

—No lo sé, pero me consta que lo capturaron.

—Si tu teoría es cierta, no tiene sentido que esos seres deseen mantener a mi tío con vida. Quieren destruir la Tierra, hacerla estallar, que no quede nada de ella. ¿Para qué diablos, pues, necesitan a mi tío?

—Ellos lo sabrán.

Melba se secó los ojos con un pañuelo.

—Me parece estar viviendo una pesadilla, Rory.

—Ojalá fuera sólo un mal sueño, pero los dos sabemos que se trata de algo real. Espeluznante, pero auténtico. Y ya veremos cómo acaba todo esto.

—Mal, seguro.

—Bueno, no debemos perder las esperanzas, Melba.

—La Tierra estallará.

—Estallaría irremisiblemente si la furiosa erupción de los volcanes se debiera a causas naturales, pero, si como nosotros pensamos, ha sido provocada por los extraterrestres, la cosa aún puede tener solución.

—¿Cuál?

—Dar la batalla a esos seres y exterminarlos, antes de que activen los volcanes que aún permanecen apagados.

—No será fácil.

—Ya sé que no, pero debemos confiar en nuestras naves. Cuando las autoridades sepan lo que sucede, lanzarán a nuestras mejores naves de combate en busca de las naves de esos seres. Y yo apuesto por su victoria.

Melba esbozó una sonrisa.

—Dios te oiga.

* * *

Zeb Marvin, comisario-jefe de la policía de Nueva York, contaba treinta y ocho años de edad. Era un hombre alto, corpulento, de facciones duras. Lucía un bigote tan colosal, que apenas se le veía la boca.

Se encontraba en su despacho, revisando unos expedientes,

cuando la puerta se abrió y uno de sus agentes penetró en él.

—Disculpe, comisario.

—¿Qué sucede, Holmes?

—Ahí afuera hay una pareja. Y desean hablar personalmente con usted.

—¿Quiénes son?

—Rory Brennan y Melba Rischer.

—Sus nombres no me dicen nada.

—El tipo es periodista. En cuanto a la chica, que por cierto está como para comérsela con botas y todo, asegura que es la sobrina del profesor Fellner.

—¿El famoso geólogo...?

—Sí, el mismo.

—¿Le ha ocurrido algo al profesor Fellner?

—No lo sé. Ambos insisten en que sólo hablarán con usted, comisario.

—¿Parecen preocupados, Holmes?

—Oh, sí, mucho.

—Hazlos pasar.

—Sí, comisario.

—Y por favor, no le sueltes ninguna dentellada a la chica.

—¿Qué?

—Dijiste que está como para comérsela, ¿no?

El agente se echó a reír.

—¡Con botas y todo, comisario! —repitió, y salió del despacho.

Segundos después, entraban Rory Brennan y Melba Rischer.

Zeb Marvin se puso en pie.

—Acérquense y tomen asiento, por favor —rogó.

—Gracias, comisario —respondió Rory.

Se sentaron en sendos sillones y Zeb Marvin volvió a sentarse en el suyo. Tras observar a Melba, dijo:

—De modo que es usted la sobrina del profesor Fellner, ¿eh, señorita?

—Así es—asintió la joven.

—Yo admiro mucho a su tío, ¿sabe?

—Gracias.

—¿Qué tal está él?

—No lo debe de estar pasando muy bien.

—¿Por qué dice eso?
—Lo han secuestrado, comisario.
Zeb Marvin respingó en su sillón.
—¿Qué han secuestrado al profesor Fellner...?
—Sí.
—¿Cuándo?
—Esta misma noche.
—¿Y tiene idea de quién...?
—Sí, pero prefiero que se lo diga Rory. Es mi novio, ¿sabe?
—Qué suerte —murmuró Marvin.
—No lo dirá por mi tío, ¿verdad?
—¿Cómo?
—Lo de la suerte.
Zeb Marvin tosió.
—Me refería a su novio, señorita.
—Oh, entonces era un piropo...
—Sí.
—Muy amable, comisario —sonrió Melba.
Rory estaba sonriendo ya, aunque no hizo ningún comentario.
Marvin carraspeó y preguntó:
—¿Por qué prefiere que sea su novio quien me cuente lo que pasó, señorita?
—A mí no me creería. Y temo que a él tampoco, ésa es la verdad.
—¿Por qué no iba a creerles? ¿Tan fantástico es lo que ha ocurrido...?
—Desde luego —asintió Melba.
—Está bien, cuéntemelo usted, Rory.
—Con mucho gusto, comisario.
—¿Quién secuestró al profesor Fellner?
—Seres de otro mundo.

* * *

Zeb Marvin casi brinca del sillón al oír la respuesta de Rory Brennan.
—¿Ha dicho seres de otro mundo...?
—Sí, comisario —cabeceó el periodista—. Quieren destruir la

Tierra y se han propuesto hacerla estallar como una sandía. Esperan conseguirlo haciendo entrar en erupción todos los volcanes del planeta. El profesor Fellner adivinó que eso haría estallar el globo terráqueo y estaba decidido a informar a las autoridades del peligro que corría nuestro planeta, pero los extraterrestres no quieren que hable con nadie de ello y lo capturaron, después de matar a Viviana Sanford, su sirvienta. A Melba y a mí intentaron liquidarnos también, cuando estuvimos en casa del profesor Fellner, pero conseguimos escapar. Yo maté a siete de ellos, con una pistola de rayos láser. Ellos, por su parte, mataron a un matrimonio joven, los Wallace. Eran vecinos del profesor. Con su helimóvil pudimos huir. El mío lo hicieron estallar los extraterrestres.

Tras las palabras de Rory Brennan, sobrevino un largo silencio.

El periodista no deseaba añadir nada más.

Ya lo había dicho todo.

Ahora, le tocaba hablar al comisario-jefe de la policía de Nueva York. Por eso, tanto el periodista como su novia se limitaban a mirarle, callados.

Pero Zeb Marvin no decía nada.

Tenía la boca abierta como un idiota y no movía un sólo músculo de su cuerpo. Finalmente, sin embargo, acertó a balbucir:

—La Tierra puede estallar...

—Así es, comisario —asintió Rory—. Pero no estallará si sabemos impedir que esos malditos seres activen los volcanes que continúan apagados. Hay que dar con los extraterrestres. Y destruirlos.

—¿Están seguros de que lo de la erupción de los volcanes es cosa suya...?

—No cabe otra explicación, comisario —respondió Melba—. ¿Por qué, si no, capturaron a mi tío?

—Sí, claro —murmuró Marvin—. Aunque, ¿para qué lo quieren con vida?

Rory y Melba cambiaron una mirada, porque para eso no tenían respuesta.

—No lo sabemos, comisario —confesó el periodista.

—Quizás esté muerto también, sólo que nosotros no pudimos encontrar su cadáver —añadió su novia.

—Sí, es posible —admitió Marvin.

—Va a informar al Gobierno, ¿verdad, comisario? —preguntó

Rory.

—Cuando regresemos.

—¿De dónde? —inquirió Melba.

—De la casa del profesor Fellner.

Rory y Melba respingaron a dúo.

—¿Volver allí…? —exclamó el periodista.

—Sí.

—¡Es una locura! —opinó Melba.

—Tengo que comprobar que su historia es cierta, compréndalo.

—¿Es que no nos cree, comisario…? —preguntó Rory.

—Sí, pienso que todo lo que me han contado es verdad. Sin embargo, debo asegurarme antes de informar al Gobierno, porque de lo contrario corro el riesgo de que tampoco me crean a mí. Estoy seguro de que me exigirán pruebas. Y tendré que presentarlas.

—Comisario, si volvemos a la casa del profesor Fellner, nos matarán a todos —advirtió Rory.

—Iremos convenientemente armados, no se preocupen —sonrió Marvin, para tranquilizarles.

Pero no los tranquilizó en absoluto.

Y es que Rory y Melba no podían olvidar los terribles efectos de las armas que poseían aquellos horribles seres de corta estatura, piel verdosa y un solo ojo en medio de la frente.

CAPÍTULO VIII

Media docena de helimóviles de la policía de Nueva York volaban en dirección a la casa de Norbert Fellner, rodeando prácticamente el helimóvil de los Wallace, en el que iban Rory Brennan y Melba Rischer, visiblemente preocupados.

Era lógico que no se sintiesen tranquilos, a pesar de la fuerte escolta, pues sabían lo peligrosos que eran los seres que se habían propuesto destruir la Tierra y temían que los hombres del comisario-jefe Marvin no pudiesen repeler el posible ataque extraterrestre.

En cada helimóvil policial, iban seis agentes, armados con fusiles y pistolas de rayos láser. En total, pues, treinta y seis hombres, más el comisario Marvin, que viajaba en el asiento del helimóvil que pilotaba Rory Brennan.

Zeb Marvin había querido ir en el mismo aparato volador que el periodista y la sobrina del profesor Fellner por dos razones. La primera, infundirles tranquilidad y confianza con su presencia, lo cual no había conseguido. La segunda, saber más cosas sobre los seres que según ellos habían secuestrado al prestigioso geólogo, asesinado a su sirvienta y liquidado también a Eric y Karin Wallace.

Rory y Melba le habían explicado ya cómo eran físicamente los extraterrestres y los efectos que causaban los rayos azulados que lanzaban sus extraños fusiles.

El comisario Marvin se impresionó, tanto por lo primero como por lo segundo. Más aún, si cabe, por lo segundo, pues si horrible era el aspecto de aquellos pequeños y diabólicos seres llegados de algún lejano mundo, más horrible todavía era la clase de muerte que daban con sus armas.

En el fondo, sin embargo, Zeb Marvin ponía en duda todo aquello.

Le parecía demasiado fantástico.

Demasiado increíble

Demasiado espeluznante.

Si se hubiera presentado solo en su despacho Rory Brennan, no habría creído su historia, pero como lo hizo acompañado de la sobrina del profesor Fellner…

En fin, pronto sabría si la historia era cierta o no, porque ya

estaban llegando a la casa del geólogo.

Segundos después, los helimóviles empezaban a posarse frente a la casa, que se veía tranquila y silenciosa. Los hombres del comisario Marvin saltaron rápidamente al suelo, empuñando sus fusiles.

Rory, Melba y el comisario-jefe descendieron también del helimóvil de los Wallace. El periodista empuñaba la pistola de rayos láser del profesor Fellner. Zeb Marvin, por su parte, empuñaba un fusil y llevaba una pistola al cinto.

Lo primero que llamó la atención de Rory y Melba, fue el no hallar ni rastro de los restos del helimóvil del periodista, que los extraterrestres hicieron estallar.

—¿No dijo usted que esos seres destruyeron su helimóvil aquí, frente a la casa del profesor Fellner, Brennan...? —recordó Marvin, observando también el césped.

—Así es —asintió Rory.

—¿Y dónde están sus restos?

—No lo sé.

—Estaban esparcidos por el césped, comisario —habló Melba.

—Pues ya no están.

—Los extraterrestres debieron recogerlos.

—No me los imagino limpiando el césped —repuso Marvin, con ironía.

Rory lo miró con seriedad.

—¿Pone usted en duda que mi helimóvil estalló, comisario?

—Yo no he dicho eso. Sólo digo que es la primera prueba de su historia que desaparece.

—Detrás de la casa están los cuerpos de los dos extraterrestres que liquidé cuando corríamos hacia los árboles. Cuando los vea se convencerá, comisario.

—Suponiendo que sigan allí —respondió Marvin.

Rory apretó los dientes.

—Vamos, comisario.

Marvin y una docena de sus hombres fueron con Rory y Melba, quedando los demás frente a la casa, vigilando los alrededores. Cuando rodearon la casa, Rory y su novia comprobaron que los cadáveres de la pareja de alienígenas habían desaparecido.

Y no sólo eso.

¡Los dos árboles alcanzados por los disparos de los extraterrestres

habían desaparecido también!

¡No quedaba ni rastro de ellos!

¡Como si jamás hubiesen estado plantados en aquel lugar!

Naturalmente, Rory y Melba se llenaron de perplejidad.

Zab Marvin, que no veía cuerpo alguno tirado en el suelo, preguntó:

—¿Dónde están los cadáveres de los dos extraterrestres, Brennan?

—Se han esfumado, comisario.

—La segunda prueba de su historia que desaparece.

—La tercera, comisario —corrigió Melba.

—¿La tercera...?

—Los dos árboles alcanzados por los rayos azulados que los extraterrestres nos enviaron, han desaparecido también.

—Vaya.

—Es cierto, comisario —dijo Rory—. Estaban allí, pero ya no están.

—Los extraterrestres los arrancaron y cargaron con ellos, ¿no?

—Tal vez.

—Sin duda necesitaban leña para la chimenea de su nave.

Rory lo miró duramente.

—El chiste es bueno, pero muy inoportuno.

—Lo siento, se me escapó —carraspeó Marvin.

Melba cogió del brazo a su novio.

—Entremos en la casa, Rory. Quizá los cuerpos del otro extraterrestre y de Viviana Sanford no hayan desaparecido.

—Me temo que también, Melba —respondió el periodista.

—Bueno, no perdemos nada echando un vistazo —dijo el comisario Marvin.

—Entremos por esa ventana —indicó Rory, señalando la misma que utilizaran ellos para salir de la casa.

Zeb Marvin fue el primero en introducirse en la casa.

Después, penetraron Rory, Melba, y algunos de los agentes, quedando el resto vigilando la parte de atrás de la casa.

Como ya temía el periodista, el cadáver del primer alienígena que él liquidara también había desaparecido, lo mismo que su extraño fusil, que Rory llegó a tener en sus manos.

Y, poco después, descubrían que tampoco el cuerpo de Viviana Sanford continuaba donde ellos lo encontraran.

Lo más sorprendente, sin embargo, ocurrió a continuación.

Alguien apareció en lo alto de la escalera.

Todas las armas apuntaron inmediatamente hacia allí.

Sin embargo, nadie disparó.

Y no lo hicieron porque no se trataba de uno de aquellos pequeños seres de piel verdosa y cabeza de pera, con un solo ojo y dientes de roedor.

Era una mujer.

Morena.

Guapa.

Bien formada.

A Rory casi se le cae la pistola de rayos láser de la mano.

Melba, por su parte, puso unos ojos como platos.

Y todo ello no podía estar más justificado.

Sí, porque la mujer era… ¡Viviana Sanford!

¡La sirvienta de Norbert Fellner!

¡Estaba viva…!

CAPÍTULO IX

Viviana Sanford se había quedado en lo alto de la escalera, observando como muy sorprendida a Rory Brennan, Melba Rischer, Zeb Marvin y los seis agentes que penetraran en la casa por la ventana. La joven y atractiva sirvienta parecía no comprender por qué era apuntada por tantas armas a la vez, como si fuera el más peligroso de los delincuentes.

Seguía vistiendo la delgada blusa color salmón y la corta falda amarilla, que le permitía exhibir sus magníficas piernas hasta la mitad del muslo.

Magníficas, sí, porque ya no las tenía azuladas ni rugosas.

Habían recobrado su color y su tersura natural, como el resto de su cuerpo. Ojos, dientes, lengua, uñas... Todo volvía a ser normal, de ahí el tremendo estupor de Rory y Melba, que no conseguían reaccionar.

El comisario-jefe Marvin, como no conocía a la sirvienta del geólogo, preguntó:

—¿Quién es, Brennan?

El periodista hizo un esfuerzo y respondió, aunque en tono muy quedo:

—Viviana Sanford.

—¿La sirvienta del profesor Fellner...?

—Sí.

—¿No la habían matado los extraterrestres...?

—Sí.

—Entonces, es que ha resucitado.

—Eso parece.

—Y de piel azulada y rugosa, nada, ¿eh? La chica no puede estar más hermosa y más deseable —opinó Marvin, con una sonrisa.

Sus hombres sonrieron también.

—Bajad las armas, muchachos —ordenó Marvin—. Estamos asustando a la chica.

Los agentes bajaron los fusiles.

Viviana Sanford, más tranquila, empezó a bajar la escalera.

—¿Qué significa esto, señorita Rischer...?

Melba, que seguía estupefacta, balbuceó:

—¿Cómo..., cómo es posible...?
—¿El qué, señorita?
—Tú estabas muerta, Viviana.
La sirvienta respingó.
—¿Cómo dice...?
—Te habían liquidado los extraterrestres.
—¿Extraterrestres...? —parpadeó cómicamente la atractiva morena.
—Rory y yo encontramos tu cadáver.
—Pero, ¿qué está diciendo, señorita...? ¡No pudieron encontrar mi cadáver, yo nunca he estado muerta! ¡Y muchos años que tarde en estarlo!
Melba, perpleja, miró a su novio.
—¿Nos habremos vuelto locos, Rory? —musitó.
—Me resisto a admitirlo —rezongó él.
—¿Cómo se explica, entonces, que Viviana...?
—Estoy tan desconcertado como tú, Melba.
El comisario Marvin preguntó:
—¿Dónde está el profesor Fellner, Viviana?
—Salió.
—¿Adónde fue?
—No me lo dijo.
—Su sobrina y su novio aseguran que fue secuestrado.
—¿Qué...? —respingó de nuevo la sirvienta.
—No es cierto lo del secuestro, ¿verdad?
—¡Desde luego que no!
—Ni lo de los seres de otro mundo, por lo que veo.
—¿Por qué habla de seres de otro mundo, comisario...?
—Ellos secuestraron al profesor Fellner, según Rory y Melba. Y la mataron a usted. Por cierto, ¿sabe que tuvo una muerte horrible...?
—¿De veras?
—Sí, su cuerpo se volvió azul y la piel se le llenó de arrugas, como si fuera una vieja.
Viviana Sanford se estremeció.
—¡No me asuste, comisario!
Zeb Marvin no pudo contener la risa.
—Disculpe, no era ésa mi intención.
—No vuelva a hablar de mi muerte, entonces. Estoy viva y deseo

continuar así.

—Que está viva, salta a la vista. Y que desee continuar así, es lógico. Yo tampoco siento el menor deseo de morirme, se lo aseguro.

Viviana se encaró con Melba y Rory.

—¿Por qué dicen ustedes que el profesor Fellner ha sido secuestrado, señorita Rischer...?

Melba no supo qué responder, estaba demasiado anonadada.

Rory, por su parte, inquirió:

—¿Tardará mucho en volver el profesor Fellner, Viviana?

—No lo sé.

—¿Seguro que no te dijo dónde iba?

—No, no me lo dijo.

—Qué raro.

—¿Por qué?

—Apuesto a que no vuelve esta noche.

—¿Insiste en que fue secuestrado, señor Brennan...?

—Lo que fue de él, no lo sé. Como tampoco sé lo que te ocurrió a ti. Pero sí sé que el profesor Fellner no regresará. Ni esta noche, ni nunca.

La sirvienta miró al comisario Marvin, visiblemente asustada.

—¿Por qué habla así el señor Brennan, comisario...?

—No le haga caso, Viviana. Es evidente que tanto él como la sobrina del profesor han sufrido una pesadilla.

—¿Los dos la misma pesadilla, comisario? —replicó Rory.

—Sí, eso parece.

—¿Y no lo encuentra raro?

—Bueno, no es muy frecuente que dos personas sueñen lo mismo, pero a veces sucede.

Rory apretó los puños.

—Sugiero que vayamos a la casa de los Wallace.

—No esperará encontrarlos muertos, ¿verdad? —sonrió Marvin.

—No sé lo que encontraremos, comisario, pero hay algo que ni usted ni nadie puede rebatir.

—¿A qué se refiere, Brennan?

—Al helimóvil de los Wallace. Está ahí afuera, y puedo demostrarle que no es el mío. Se hallaba posado frente a la casa de los Wallace. Y no creo que Melba y yo pudiésemos cogerlo en sueños, ¿verdad?

Zeb Marvin dio una cabezada de asentimiento.

—Está bien, vamos a casa de los Wallace —accedió, seguro de no encontrar allí nada de particular.

* * *

Rory, Melba y el comisario Marvin fueron en el helimóvil de los Wallace, escoltados por dos helimóviles policiales, quedándose el resto de los hombres en la casa del profesor Fellner.

Antes de posar los aparatos voladores en el suelo, Rory y Melba pudieron comprobar que los cuerpos de Eric y Karin habían desaparecido, lo mismo que los cadáveres de los cuatro extraterrestres que el periodista liquidara con la pistola de rayos láser.

—¡Tampoco están, Rory! —exclamó Melba.

—Ya lo estoy viendo —rezongó Brennan.

—Accedí a venir para que se convencieran —dijo el comisario Marvin, sonriendo.

Rory lo maldijo con el pensamiento y posó el helimóvil de los Wallace, parando seguidamente el motor. Los otros dos helimóviles se posaron también y los doce agentes saltaron al suelo.

Rory, Melba y el comisario-jefe descendieron también.

El periodista caminó decididamente hacia la puerta de la casa y su novia le siguió. Zeb Marvin exhaló un suspiro y fue tras ellos, convencido de que los Wallace estarían viendo tranquilamente la televisión.

—Pareja de chiflados... —murmuró, cada vez más seguro de que Rory y Melba lo habían soñado o imaginado todo.

El periodista ya estaba pulsando el disco de llamada.

Treinta segundos después, la puerta se abría y un hombre de unos cuarenta años se dejaba ver, envuelto en una bata.

A Melba se le escapó un gritito.

¡Era Eric Wallace...!

* * *

Rory Brennan se quedó mirándolo fijamente, sin poder explicarse cómo era posible que Eric Wallace hubiese vuelto a la vida y ofreciese el mismo aspecto que antes de recibir el rayo azulado que transformó su cuerpo y le causó la muerte.

El cuarentón pareció sorprenderse al ver tantos policías armados con fusiles delante de su casa.

—¿Qué es lo que pasa…? —preguntó.

—¿No me recuerda, señor Wallace? —preguntó a su vez Rory.

—No.

—¿Y a ella tampoco?

Eric observó a Melba.

—No, lo siento.

El comisario Marvin intervino:

—No los ha visto nunca, ¿verdad, señor Wallace?

—Así es.

Rory no supo controlarse y lo agarró bruscamente de la bata.

—¡Estuvimos aquí esta noche!

—¿Qué dice?

—¡Soy Rory y ella es Melba! ¡Llamamos a su casa porque nos perseguían los extraterrestres y necesitábamos un helimóvil para huir!

—No sé de qué me habla.

—¡Usted y su mujer intentaron huir con nosotros! ¡Su esposa se llama Karin y es rubia! ¿Se atreve también a negar eso. ..? —rugió el periodista.

Justo en aquel momento, apareció una mujer de unos treinta y cinco años de edad, envuelta también en una bata. Tenía, efectivamente, el cabello rubio.

—¿Qué sucede, Eric…? —preguntó, mitad sorprendida y mitad asustada por la actitud violenta de Rory.

Este y Melba clavaron sus ojos en ella.

¡Era Karin Wallace…!

¡Y estaba tan viva y tan natural como su marido!

* * *

El comisario-jefe Marvin puso su mano sobre el hombro derecho

de Rory Brennan.

—Suelte al señor Wallace, Brennan.

El periodista obedeció, aunque lo hizo lentamente y de forma maquinal, sin apartar los ojos de Karin Wallace. Tampoco Melba Rischer podía dejar de mirarla con asombro.

Zeb Marvin interrogó:

—¿Se llama usted Karin, señora?

—Sí —respondió la esposa de Eric.

—¿Había visto antes a este joven y a esta chica?

Karin los observó a los dos.

—No, nunca.

—¿Es suyo ese helimóvil, señor Wallace? —siguió interrogando Marvin, señalando el aparato volador que se hallaba posado en medio de los dos helimóviles policiales.

—Sí, claro —asintió Eric.

—¿Y no lo han echado de menos…?

—¿Qué quiere decir?

—Rory y Melba se lo llevaron, hace ya un buen rato, y lo han devuelto ahora.

—¿Qué…? —exclamó Eric, poniendo la misma cara de sorpresa que su mujer.

Zeb Marvin suspiró.

—Es evidente que ni se habían enterado. Bien, no les molestamos más. Sigan viendo la televisión —dijo, agarrando del brazo a Rory y a Melba y obligándolos a caminar, como si los llevara detenidos.

CAPÍTULO X

Rory Brennan y Melba Rischer se dejaron llevar como dos autómatas.

Zeb Marvin los hizo subir a uno de los helimóviles policiales, al tiempo que indicaba a sus hombres:

—Vámonos, muchachos.

Los agentes subieron a los aparatos voladores, ocho en el otro y los cuatro restantes en el que ya se habían acomodado Rory, Melba y el comisario Marvin.

Como los helimóviles de la policía eran mucho más espaciosos que los corrientes, no tuvieron problemas para acomodarse todos. Poco después, ambos aparatos se elevaban y se alejaban de la casa de los Wallace, seguidos por las miradas de Eric y Karin.

En sólo unos segundos, regresaron a la casa del profesor Fellner.

Rory y Melba no habían pronunciado una sola palabra.

Cuando los dos helimóviles estuvieron posados junto a los otros cuatro, el comisario-jefe preguntó:

—¿Es que no tienen nada que decir...?

—No —gruñó Rory.

—¿Usted tampoco, Melba?

—No —musitó la muchacha.

—Les he demostrado que su historia no es real, que lo soñaron o lo imaginaron todo. ¿Por qué no quieren reconocerlo...?

Rory y Melba continuaron callados.

El comisario Marvin se colmó de paciencia y recordó:

—No hay cadáveres, ni de seres extraterrestres ni de habitantes de la Tierra. Viviana Sanford está viva. Y los Wallace también. Nadie ha muerto. Nadie ha sido atacado. Todo está bien. ¿Qué más quieren ver, para caer del burro...?

Rory lo miró.

—No es cierto que todo esté bien, comisario. Melba y yo vinimos aquí en mi helimóvil, pero el aparato no está. Si sólo hubiéramos imaginado que estallaba, mi helimóvil seguiría posado aquí, frente a la casa del profesor Fellner.

—Sin duda lo dejaron en otro lugar. Ya aparecerá, no se preocupe.

—Ni aparecerá el helimóvil, porque fue destruido, ni aparecerá el profesor Fellner.

—Ya estamos otra vez con lo del secuestro —mascullo Marvin.

—Lo de la erupción de varios volcanes es un hecho, ¿no? ¿O también lo hemos imaginado...?

—No, eso no lo han imaginado —gruñó el comisario—. Es cierto que algunos volcanes han entrado en erupción en los últimos días, pero por causas naturales, aunque todavía desconocidas. Nadie los ha activado. Y menos, seres llegados de otro mundo con el propósito de destruir la Tierra. Eso lo han soñado ustedes, Brennan.

—De acuerdo, no discutamos más. Pero le ruego que permanezca atento a las noticias, comisario. En los próximos días, entrarán en rabiosa erupción nuevos volcanes. Y después, la Tierra estallará.

Zeb Marvin apretó las mandíbulas.

—¿Sabe que siento deseos de darle un puñetazo, Brennan?

—Pues no me lo dé, porque se lo devolveré. Por muy comisario-jefe que sea usted.

Marvin resopló.

—Está bien, dejémoslo. Con chiflados no se puede hablar.

* * *

Los seis helimóviles de la policía volaban ya de regreso a Nueva York, mientras el comisario-jefe Marvin y sus hombres se decían que habían perdido lamentablemente el tiempo.

Rory Brennan y Melba Rischer fueron dejados en la azotea del edificio donde vivía la muchacha. Después, el helimóvil policial se elevó y el periodista y su novia se metieron en el ascensor.

No hablaron hasta que estuvieron en el apartamento de ella, en la sala de estar, sentados en el sofá, con sendas copas en las manos, porque ambos necesitaban beber algo fuerte.

—¿Tendrá razón el comisario Marvin, Rory? —murmuró Melba.

—¿Qué?

—¿Lo habremos imaginado todo?

—Ni hablar.

—¿Cómo se explica, entonces, que Viviana y los Wallace estén vivos...?

—Es evidente que esos malditos seres les devolvieron la vida.

—¿De verdad lo crees posible...?

—¿Por qué no? Ignoramos de qué planeta proceden esos hombrecillos verdes y lo que son capaces de conseguir. Pero son poderosos, como lo demuestra el hecho de que hayan podido activar varios volcanes en sólo unos días.

—¿Y cómo es que Viviana y los Wallace no recuerdan lo que les sucedió?

—Los extraterrestres debieron borrar de sus cerebros lo que ocurrió esta noche. Por eso no recuerdan nada.

—¿Y por qué se tomaron todas esas molestias? Devolverles la vida, lavarles el cerebro...

—Lo hicieron para dejarnos en ridículo. Como no pudieron liquidarnos, y sabían que acudiríamos a la policía, lo prepararon todo para que nuestra historia no fuera creída por nadie. Y lo consiguieron. Vaya si lo consiguieron.

—Tienes razón, Rory. De poco nos sirvió escapar.

—Te equivocas, Melba. Sirvió de mucho, porque salvamos la vida.

—Nos queda muy poca —suspiró ella—. Dentro de unos días la Tierra estallará y pereceremos todos.

—Aún podemos impedirlo.

—¿Cómo?

—Consiguiendo las pruebas que necesitamos para que el comisario Marvin nos crea.

—¿Y dónde esperas conseguirlas?

—En la casa de tu tío.

Melba respingó.

—¿Volver otra vez allí...?

—Sí.

—¡Estás loco, Rory!

—Es preciso, Melba.

—¡Los extraterrestres nos matarán!

—Ya lo intentaron, pero les demostramos que sabemos defendernos con eficacia.

—¡Tuvimos mucha suerte, Rory!

—Es posible. De todos modos, es poco lo que tenemos que perder, dadas las circunstancias. Nos quedan sólo unos días de vida, tú

misma lo has dicho. Sólo destruyendo a esos seres se podrá evitar que la Tierra estalle. Y se les puede destruir, a pesar de su poder, porque si fueran indestructibles no les hubiera importado que la policía nos hubiese creído. Temen enfrentarse a nuestras naves de combate.

Melba vaciló.

—Es cierto que tenemos poco que perder, Rory, pero se me eriza la piel sólo de pensar que tenemos que volver allí.

—Puedes quedarte, si quieres.

—¿Y dejarte ir solo…?

—Sabré cuidarme.

Melba le acarició el rostro.

—Iré contigo, Rory. Tu vida es mi vida, y lo que te ocurra a ti, quiero que me ocurra también a mí.

—Melba, amor mío —repuso el periodista, abrazando a su novia.

Un par de segundos después, se estaban besando en los labios con frenesí.

* * *

Para regresar a la casa de Norbert Fellner, utilizaron el helimóvil de Melba Rischer. No lo pilotaba ésta, sino Rory Brennan, quien conservaba la pistola de rayos láser del geólogo.

El periodista intuía que le iba a hacer falta y la llevaba al cinto.

—Esta vez no posaremos el helimóvil frente a la casa de tu tío, sino a prudente distancia de ella —dijo—. Nos conviene que no nos vean llegar.

—Sí —respondió Melba.

—Nos aproximaremos a pie, con toda cautela, y veremos qué descubrimos.

—Si esos seres pueden devolver la vida a las personas muertas, los siete que mataste tú también deben de haber vuelto a la vida. ¿No crees, Rory?

—He estado pensando en eso, ¿sabes?

—¿Y…?

—Bueno, cabe otra posibilidad.

—¿Cuál?

—Que esos seres sean mutantes.

—¿Mutantes...? —respingó la joven.

—Sí, que puedan adoptar un físico distinto al suyo.

—¿Y si fuera así...?

—Pues, que no hablamos con Viviana Sanford y con los Wallace, sino con tres de esos seres. Los tres que adoptaron sus personalidades, mientras nosotros dábamos cuenta de todo al comisario Marvin.

—¡Qué horror! —exclamó Melba, estremeciéndose.

—Bueno, es sólo otra teoría más.

—¿Y cómo podríamos saber si...?

—Causándole una pequeña herida a Viviana, Eric o Karin. Si la sangre que brote es roja, es que los extraterrestres les han devuelto a la vida. Ellos la tienen verdosa, ya lo viste.

—Entonces, si brota de ese color...

—Se demostrará que no se trata de los auténticos Viviana, Eric y Karin, sino de tres de esos seres, que los suplantaron para dejarnos en ridículo ante la policía —respondió el periodista.

CAPÍTULO XI

Rory Brennan posó el helimóvil de Melba Rischer a más de doscientos metros de la casa de Norbert Fellner y en dirección opuesta a donde se alzaba la casa de los Wallace, para mayor seguridad.

Paró el motor, las hélices perdieron fuerza, y el periodista y su novia descendieron del aparato. Con paso silencioso y cauteloso, caminaron hacia la casa del profesor Fellner.

Rory esgrimía la pistola de rayos láser en la diestra y con la izquierda apretaba la mano de Melba, cuyo corazón latía con fuerza, a causa de su nerviosismo.

De su miedo, más bien, porque temía que se encontraran de pronto con varios de aquellos horribles seres de piel verdosa y llena de grietas, armados con extraños pero temibles fusiles.

La muchacha contenía hasta el aliento.

Rory, más tranquilo que ella, aunque sabía igualmente que se estaban jugando la vida, siguió avanzando sigilosamente hacia la casa del geólogo, tirando de su novia.

Alcanzaron la casa sin descubrir un solo alienígena.

Esperaron unos cinco minutos, agazapados, y como no ocurrió nada, se decidieron a penetrar en la casa por una de las ventanas laterales. Se colaron con rapidez, aunque sin hacer el menor ruido.

La casa estaba silenciosa.

Rory y Melba se adentraron en ella.

De pronto, descubrieron a Viviana.

A la resucitada Viviana.

¿O a la doble de Viviana...?

Pronto saldrían de dudas, porque Rory estaba dispuesto a averiguar de qué color era actualmente la sangre de la sirvienta.

Viviana les daba la espalda en aquel momento, por lo que no pudo verles. Estaba junto a la puerta del salón, como dudando si entrar en él o no.

De repente, se dio la vuelta y descubrió al periodista y a su novia.

Como Rory la apuntaba con su pistola, la morena dio un grito.

—¡Señor Brennan...! ¡Señorita Rischer...!

Rory le sonrió.

—Tranquilícese, Viviana.
—¿No se habían marchado...?
—Sí, pero hemos vuelto.
—¿Para qué?
—Queremos hablar con el profesor Fellner.
—Salió, ya se lo dije.
—Le esperaremos.
—Puede que tarde en volver...
—No importa. No tenemos ninguna prisa, ¿verdad, Melba?
—Así es —respondió la sobrina del geólogo, que observaba fijamente a Viviana Sanford.
Se preguntaba, naturalmente, si sería la auténtica Viviana o no.
La sirvienta preguntó:
—¿Por dónde entraron, señorita...?
—Por una ventana —respondió Melba.
—¿Y por qué no llamaron a la puerta?
—Pura precaución —contestó Rory.
Viviana clavó sus ojos en la pistola de rayos láser.
—¿Por qué me apunta, señor Brennan?
—Oh, disculpa, no me había dado cuenta —sonrió el periodista, bajando el arma.
La sirvienta, más tranquila, sonrió también y preguntó:
—¿Les sirvo algo de beber, señorita Rischer?
—¿Te apetece, Rory? —preguntó Melba.
—Desde luego.
—Pasen al salón —rogó Viviana.
Rory y Melba entraron en el salón y la sirvienta les preparó las bebidas. Todavía no había terminado, cuando el periodista se le acercó y la sujetó por detrás.
Viviana dio un respingo.
—¿Qué hace, señor Brennan...?
—Abrazarte.
—¿Delante de su novia...?
—Ella no se enfada por eso.
—¿Cómo es posible?
Rory, en vez de responder, sujetó a la morena con un solo brazo, el derecho, y con la mano izquierda cogió una de las copas, por su base.

Después, hizo chocar la parte superior contra el mueble-bar.

La copa, de fino cristal, se rompió.

—¿Por qué ha hecho eso...? —exclamó la sirvienta.

—Queremos saber si eres uno de ellos, Viviana.

—¿Qué?

—¿De qué color es tu sangre?

—¡Roja, como la de todo el mundo!

—Veámoslo —dijo Rory, y le produjo una leve herida en el dorso de la mano, con la copa rota.

La sirvienta emitió un gritito de dolor.

De la pequeña herida, brotaron unas gotas de sangre.

¡Y no era roja!

¡Tenía un tono verdoso!

Melba, aterrada, gritó:

—¡Es uno de ellos, Rory...!

* * *

La falsa Viviana Sanford tuvo una reacción inesperada.

Violenta.

Peligrosa.

Sí, porque obligó a Rory Brennan a soltar la pistola de rayos láser, que cayó al suelo.

El periodista intentó recuperar el arma, pero la falsa Viviana lo empujó y lo hizo caer de espaldas.

Por fortuna, Rory supo arrastrar en su caída a la sirvienta y logró que tampoco ella pudiera recoger la pistola.

La falsa Viviana se convirtió en una fiera.

Su fuerza era muy superior a la de una mujer normal.

Y también su resistencia.

Rory pudo comprobarlo cuando le asestó un puñetazo en la barbilla.

Con un golpe así, cualquier mujer hubiera perdido inmediatamente el sentido, pero la falsa Viviana apenas lo acusó, respondiendo con un hachazo al cuello del periodista, propinado con el filo de su mano derecha.

Rory emitió un rugido de dolor.

—¡Maldito! —barbotó, tratando de impedir que el extraterrestre que adoptara el físico de Viviana Sanford le soltara otro hachazo, porque podía partirle el cuello.

Los dos rodaron por el suelo.

A causa del terrible forcejeo, la blusa de la falsa Viviana se había abierto de par en par y sus rotundos pechos estaban totalmente visibles.

Lo mismo ocurría con sus formidables piernas.

Y con su macizo trasero, porque el minúsculo slip rojo apenas cubría una décima parte de él.

Por todo ello, a Rory Brennan le resultaba muy difícil recordar que no estaba peleando con una mujer de verdad, sino con un ser de otro mundo que había adquirido ese aspecto tan excitante y tan tentador.

Melba Rischer, en cambio, no podía olvidarlo.

Por eso, en cuanto tuvo oportunidad, se apoderó de la pistola de rayos láser y esperó el momento de disparar sobre la falsa Viviana.

Afortunadamente, no fue necesario, porque Rory consiguió clavarle el puño en el hígado. En la zona del hígado, al menos, porque cualquiera sabía si allí debajo había un hígado o algún órgano totalmente distinto.

En cualquier caso, el alienígena lo acusó terriblemente y prácticamente se quedó sin fuerzas, momento que aprovechó el periodista para asestarle varios puñetazos seguidos.

La falsa Viviana perdió el conocimiento.

Y, como la nueva forma de su cuerpo la controlaba con su mente, al perder el sentido ya no pudo seguir manteniendo la personalidad de la sirvienta del geólogo y el extraterrestre empezó a transformarse.

* * *

El espectáculo no pudo ser más horroroso.

Primeramente, el hermoso cuerpo de la falsa Viviana Sanford se tornó verdoso y deforme. Luego, empezó a encogerse, hasta alcanzar el tamaño de aquellos seres llegados de algún lejano mundo.

Le desapareció el pelo, se le juntaron los ojos y se convirtieron en

uno solo, grande, redondo y salido, se le hundió la nariz, quedando sólo un orificio que palpitaba ligeramente, le cambió la boca, le cambiaron los dientes, la lengua se volvió bífida, como de reptil…

Rory y Melba contemplaban la horrible metamorfosis con los ojos muy abiertos y el estómago encogido, pues aquello impresionaba mucho más que observar a uno de aquellos seres ya formado.

Cuando la transformación concluyó, Rory se acercó a su novia, se hizo cargo de la pistola de rayos láser, que Melba casi había dejado caer, a causa de los temblores de su mano, y le pasó el brazo por los hombros, oprimiéndola contra sí.

—Mi segunda teoría era la buena —dijo—. Estos seres son mutantes.

—Entonces, los Wallace… —murmuró Melba.

—Los Wallace murieron, lo mismo que Viviana, y dos de estos seres adoptaron la personalidad de Eric y de Karin. Con ellos hablamos, la segunda vez.

—¡Qué espanto!

—Debemos alegrarnos, Melba, porque tenemos la prueba que necesitábamos para convencer al comisario Marvin de que nuestra historia era cierta.

—¿Te refieres a este ser…?

—Sí, vamos a llevárselo al comisario.

CAPÍTULO XII

Melba Rischer tuvo un claro estremecimiento.

—¿Llevárselo al comisario, dices...? —exclamó.

—Sí —respondió Rory Brennan.

—¿Y si se despierta por el camino...?

—Lo ataré fuerte, no temas.

—Creo que sería mejor avisar al comisario, Rory.

—El videófono no funciona, ¿lo has olvidado ya? Además, el comisario no vendría. Para él solamente somos un par de chiflados, ya lo oíste. Sólo creerá en la existencia y en las intenciones de estos seres cuando tenga uno de ellos ante sus propias narices. Y ante ellas se lo vamos a poner.

Melba se mordió los labios nerviosamente.

—¿Con qué lo vas a atar, Rory?

—Con las ropas de Viviana. Ahora ya no le sirven, le quedan grandes.

Brennan le quitó la blusa y la falda, dejándole únicamente el slip.

—¿No te da asco tocarlo, Rory...? —preguntó Melba.

—Sí, pero me aguanto. Tengo que atarlo y que cargar con él, me repugne o no, así que...

El periodista hizo varias tiras de la blusa y de la falda, atando con ellas los pies y las manos del extraterrestre, éstas a la espalda, para que le fuera imposible intentar nada cuando se recobrara, si es que volvía en sí por el camino.

Una vez atado, cargó con él y se lo echó sobre el hombro izquierdo.

Luego, empuñó la pistola de rayos láser e indicó:

—Vámonos, Melba.

Echaron los dos a andar y salieron del salón.

—¿Vamos a salir por la puerta? —preguntó Melba.

—No, por la ventana que utilizamos para entrar. Es más seguro —respondió Rory.

Fueron hacia allí.

Melba no apartaba los ojos del extraterrestre.

Tenía la sensación de que Rory llevaba sobre su hombro a un animal.

Y temía que el animal se despertara.

El hecho de que estuviera atado de pies y manos, no tranquilizaba demasiado a la muchacha. Podía soltarse, atacar a Rory, y…

Melba se estremeció, sólo de pensarlo.

Ya habían alcanzado la ventana lateral que utilizaran para colarse en la casa.

Rory, antes de salir, echó una mirada al exterior.

Todo estaba silencioso.

Tranquilo.

A pesar de ello, el periodista no se fiaba un pelo.

Aquellos malditos seres solían aparecer de pronto, disparando sus extraños fusiles, y no debían descuidarse un solo instante si no querían verse sorprendidos por ellos.

Sorprendidos… y liquidados, porque los extraterrestres tiraban a matar sin pensárselo dos veces.

Rory saltó por la ventana, cargado con el alienígena.

No pasó nada.

Todo siguió en calma.

—Salta, Melba —indicó el periodista, en voz baja.

La muchacha obedeció.

Después, se alejaron rápidamente de la casa, ahogando sus pisadas.

No se tropezaron con ninguno de aquellos hombrecillos verdes. O no los había, vigilando la casa, o no habían sido descubiertos por ellos.

En cualquier caso, lograron alcanzar el helimóvil y subieron a él.

Rory depositó al extraterrestre en el asiento trasero.

Seguía inconsciente.

Al menos, tenía su único ojo cerrado y no se movía.

—Encárgate tú de vigilarlo, Melba. Y si se despierta, avísame en seguida.

—Descuida.

Rory puso el motor en funcionamiento y el helimóvil se elevó, alejándose del lugar a toda prisa.

* * *

Zeb Marvin paseaba por su despacho, con las manos a la espalda.

Solía hacerlo cuando se hallaba preocupado o de mal humor.

La historia que le contaran Rory Brennan y Melba Rischer...

No podía dejar de pensar en ellos, pese a no haber hallado prueba alguna de que lo que decían era cierto.

Es más, habían encontrado vivos a Viviana Sanford y los Wallace, lo que echaba por tierra la historia del periodista y de la sobrina del profesor Fellner.

Con todo, el comisario-jefe parecía olfatear algo raro en lo sucedido. Y es que raro era, también, que varios volcanes hubieran entrado furiosamente en erupción en los últimos días, después de haber permanecido tantos años apagados.

Nadie se lo explicaba.

El único que tenía una explicación, era Rory Brennan.

Y su novia, claro.

Pero era una explicación tan fantástica...

De repente, la puerta se abrió y el agente Holmes irrumpió en el despacho, gritando:

—¡Comisario!

Marvin se detuvo.

—¿Qué ocurre, Holmes...?

—¡Algo increíble!

—¿Has visto un fantasma?

—¡Un ser de otro mundo, eso es lo que he visto! —informó el policía, bailoteando de puro nerviosismo.

Marvin lo miró severamente.

—¿Qué has visto, Holmes?

—¡Un extraterrestre!

—¿Tú también con eso?

—¡Es cierto, comisario! ¡Está ahí fuera!

—¿El extraterrestre...?

—¡Sí, lo han traído Rory Brennan y Melba Rischer, atado de pies y manos! ¡Está inconsciente!

Zeb Marvin se quedó con la boca abierta.

Todavía la tenía así, cuando el periodista entró en el despacho, cargado con el ser de otro mundo. Tras él, entró Melba, casi tan nerviosa como el propio Holmes.

Rory dejó al alienígena en un sillón y dijo:

—Es uno de ellos, comisario.

Marvin contempló al extraterrestre con ojos dilatados.

Los pelos del bigote parecían temblarle, pero eran los labios lo que en realidad le temblaban.

—¿Se convence ahora, comisario...? —preguntó Rory.

—Sí —musitó Marvin, porque apenas podía hablar.

—Todo lo que le contamos, es cierto. Estos seres son mutantes, y tres de ellos adoptaron las personalidades de Viviana Sanford y los Wallace, para que ustedes nos tomaran por chiflados. El que le hemos traído, suplantó a Viviana. Lo descubrimos porque le hice una pequeña herida en la mano, para ver de qué color era su sangre. Y la tenía verde. Luchamos furiosamente y logré dejar sin sentido a la falsa Viviana. Entonces, al perder el conocimiento, recobró su físico natural. Y ya ve que es tal como nosotros se lo describimos. Un físico horrible, espantoso, espeluznante.

El comisario-jefe iba a decir algo, pero se interrumpió al ver que el extraterrestre se movía y abría su monstruoso ojo.

—¡Se está despertando...! —exclamó, haciendo un cómico gallo con la voz.

CAPÍTULO XIII

Rory Brennan apuntó inmediatamente al extraterrestre con la pistola de rayos láser y ordenó:

—Quieto, amigo. Si intentas cambiar de forma, con el fin de librarte de las ligaduras, te fulmino con mi arma.

El alienígena dejó de moverse.

—¿Entiende nuestra lengua, Brennan...? —preguntó Zeb Marvin.

—Naturalmente, comisario —asintió el periodista—. Y puede hablarla correctamente, también. Aunque no ahora, claro. Necesita transformarse en uno de nosotros, para hablar nuestro idioma. Cuando suplantaba a Viviana Sanford, hablaba tan bien como ella. Y hasta lograba su mismo tono de voz. Lo mismo ocurrió con los dos seres que suplantaron a los Wallace.

—Entonces, es cierto que Viviana y los Wallace murieron... —murmuró Marvin.

—Sí, comisario. Tan cierto como que yo liquidé a siete de ellos. Si no encontramos sus cadáveres, es porque los extraterrestres los hicieron desaparecer. Como los restos de mi helimóvil. Y como los dos árboles alcanzados por sus disparos.

—Y tienen en su poder al profesor Fellner...

—Eso es lo que Melba y yo pensamos, comisario. Aunque también es posible que lo hayan matado. El extraterrestre nos lo dirá. Claro que, para poder entender lo que nos dice, tendremos que ordenarle que se convierta de nuevo en el doble de Viviana. No creo que se le haya olvidado cómo era ella.

—¿No será peligroso permitirle que...?

—Ya le advertí que si intenta algo, me lo cargo. Es un ser inteligente y obedecerá. De todos modos, apúntenle ustedes también con sus armas, comisario. Voy a desatarle.

Marvin y Holmes extrajeron sus pistolas de rayos láser y encañonaron al alienígena, que seguía muy quieto en el sillón, observándolos a todos con su único ojo.

Rory lo desató con precaución, se retiró dos pasos, y ordenó:

—Adopta nuevamente la personalidad de Viviana Sanford, amigo. Y ya sabes lo que te pasará, si nos haces alguna jugarreta.

El extraterrestre obedeció, convirtiéndose de nuevo en la doble

exacta de Viviana. Y como sólo conservaba el reducido slip rojo, que volvió a quedarle ajustado, Brennan, Marvin y Holmes no pudieron evitar el mirarla como si fuera la verdadera Viviana.

Pechos, caderas, vientre, muslos…

Todo era altamente tentador.

Rory carraspeó y preguntó:

—¿Qué le ha parecido, comisario?

—Esto hay que verlo para creerlo —murmuró Marvin, impresionado.

—Cómo está de buena, la morena… —se le escapó a Holmes.

Melba lo miró, ceñuda.

—Le recuerdo que «la morena» es un extraterrestre, agente Holmes.

—Sí, lo había olvidado por un momento —tosió el policía.

—¿Lo interroga usted o lo hago yo, comisario? —preguntó Rory.

—Prefiero que lo haga usted, Brennan. Yo estoy demasiado atónito por todo lo que estoy viendo —confesó Marvin.

—Lo comprendo —sonrió el periodista—. Bien, dinos dónde está el profesor Fellner, falsa Viviana.

—Lo tenemos en nuestra nave —respondió el extraterrestre.

—¿Vivo?

—Desde luego.

Melba se alegró infinitamente de que su tío continuara con vida.

—No lo han matado, Rory…

—Desde el primer momento te dije que tu tío estaría vivo, ¿recuerdas?

—Sí.

Brennan prosiguió el interrogatorio:

—¿Por qué capturasteis al profesor Fellner?

—Averiguamos que era uno de los mejores geólogos de la Tierra, y le teníamos vigilado. Cuando captamos la conversación que tuvo con su sobrina y descubrimos que adivinaba lo que iba a suceder, decidimos capturarlo para que no pudiera informar a las autoridades terrestres. No quisimos matarlo porque sus conocimientos nos podían servir para llevar adelante nuestro plan sin fallos. Conoce todos los volcanes de la Tierra, su emplazamiento exacto, sus características… Era una fuente de información que no podíamos desperdiciar.

—¿Por qué demonios queréis destruir nuestro planeta?

—Es la única manera de evitar que vuestras naves lleguen algún día, no muy lejano, al nuestro y hagan lo propio con él.

—¿Destruir nuestras naves vuestro planeta...? —exclamó el comisario Marvin.

—Sí.

—¿Por qué íbamos a hacer una cosa así...?

—Es la ley de la supervivencia.

—¡No seas estúpida!

—Estúpido, comisario —corrigió Melba.

—Oh, sí, lo había olvidado.

Rory dijo:

—Nuestras naves no atacarán jamás vuestro planeta, a menos que nos deis motivos para ello.

—Otros mundos nos han declarado la guerra sin motivo, y estamos escarmentados. O destruimos o nos destruyen. Es la ley que impera en el Cosmos.

—Pues estamos apañados —rezongó el agente Holmes.

El comisario Marvin intervino de nuevo:

—Nuestro mundo no os declarará la guerra, te lo garantizo. Ni a vuestro planeta, ni a ningún otro. Los habitantes de la Tierra sólo queremos vivir en paz. Es por eso por lo que te propongo un trato.

—¿Qué clase de trato?

—Tus compañeros dejarán en libertad al profesor Fellner, y nosotros te dejaremos en libertad a ti. Después, regresaréis a vuestro mundo sin activar más volcanes. Por cierto, ¿cómo conseguís hacer entrar en furiosa erupción un volcán...?

—Es muy sencillo. Para nosotros, al menos.

—¿También sabéis cómo apagarlo? —preguntó Rory.

—Desde luego. Aunque cuesta un poco más.

—Entonces, apagadlos todos antes de abandonar nuestro planeta.

—No he dicho que acepte el trato.

—¡Tienes que aceptarlo!

—¿Por qué?

—¡Porque es una barbaridad hacer estallar la Tierra! Y no vamos a permitirlo, ¿sabes? Si no os largáis, nuestras naves de combate os destruirán. Somos seres pacíficos, pero nos defendemos cuando alguien nos ataca. ¿No es cierto, comisario...?

—¡Desde luego!

La falsa Viviana pareció meditar el asunto.

Finalmente, accedió:

—Está bien, dejaremos en libertad al profesor Fellner, apagaremos los volcanes que hemos activado, y regresaremos a nuestro planeta. Y ojalá no tengamos que arrepentimos nunca de no haber hecho estallar la Tierra.

* * *

Desde el propio despacho del comisario-jefe Marvin, el extraterrestre se puso en comunicación con los dos seres que suplantaban a los Wallace, utilizando el videófono.

Después de explicarles que había sido descubierto y atrapado por Rory Brennan, les habló del trato que había hecho con el comisario Marvin y les pidió que se pusieran en contacto con la nave.

Los falsos Eric y Karin obedecieron, porque al igual que la falsa Viviana comprendían que ya no podían seguir adelante con su plan para destruir la Tierra.

Habían sido descubiertos, las naves de combate terrestres entrarían en acción si ellos se negaban a abandonar la Tierra, y su nave sería destruida.

Lo más sensato era regresar a su planeta.

Siete de ellos habían muerto, pero no podían culpar a Rory Brennan del hecho, porque los había matado en defensa propia. Ellos, por su parte, habían matado también a Viviana Sanford y los Wallace, así que nada podían reprochar a los terrestres.

Algunos minutos después, el comisario Marvin recibía una llamada.

Era Norbert Fellner.

Se encontraba en su casa y utilizaba su videófono, desbloqueado ya por los extraterrestres.

—¿Estás bien, tío Norbert...? —preguntó Melba, emocionada.

—Perfectamente, pequeña —respondió el geólogo.

—¿No le han causado ningún daño los extraterrestres, profesor? —inquirió Brennan.

—No, Rory. Me han tratado bien.

—Nos alegramos mucho, profesor Wallace —dijo el comisario

Marvin.

El extraterrestre que adoptara nuevamente la personalidad de Viviana Sanford se dejó oír:

—Bien, el profesor Fellner ya está libre. Ahora deben dejarme libre a mí.

—Te llevaremos a la casa del profesor —dijo Zeb Marvin.

—Melba y yo lo llevaremos, comisario. Usted debe quedarse aquí —aconsejó Rory.

—¿Por qué?

—Creo que los extraterrestres están jugando limpio, pero, por si no fuera así, debemos tomar precauciones. Quedándose usted, no intentarán nada contra nosotros, porque de poco les serviría. Usted informaría inmediatamente al Gobierno y la nave de los extraterrestres sería destruida.

—Tiene razón, Brennan.

—Vamos a cumplir nuestro trato, pueden estar tranquilos —aseguró la falsa Viviana.

—Os conviene cumplirlo —dijo Rory.

EPÍLOGO

Minutos más tarde, el helimóvil de Melba Rischer, pilotado por Rory Brennan, se posaba frente a la casa de Norbert Fellner.

El geólogo se encontraba en el porche, acompañado de los seres que suplantaban a Eric y Karin Wallace.

Rory, Melba y la falsa Viviana descendieron del aparato.

Melba hizo ademán de correr hacia su tío, pero Rory la cogió del brazo.

—Un momento.

—¿No puedo abrazar a mi tío, Rory…?

—Sí, pero antes debemos asegurarnos de que se trata realmente de tu tío, no de uno de ellos.

La muchacha se estremeció.

—¿Temes que…?

—Es el profesor Fellner —garantizó la falsa Viviana, caminando hacia el geólogo—. Os lo demostraré.

Cogió la mano derecha de Norbert Fellner y, con una de sus afiladas uñas, le produjo un arañazo en el dorso, haciendo brotar un par de gotas de sangre.

—¡Es roja! —exclamó Melba.

—Os dije que íbamos a jugar limpio —recordó el ser que suplantaba a Viviana Sanford.

Rory sonrió y soltó el brazo de su novia.

—Puedes abrazar a tu tío, Melba.

La muchacha corrió hacia el geólogo y se fundieron los dos en un apretado abrazo.

—¿Podemos recobrar ya nuestra verdadera personalidad? —preguntó la falsa Viviana.

—Desde luego —autorizó Rory, que empuñaba la pistola de rayos láser, por si las moscas.

Los tres alienígenas recobraron su aspecto natural, después de despojarse de la poca ropa terrestre puesta. En el caso de la falsa Viviana, sólo el breve slip rojo. Los otros dos, las batas y los slips.

Poco después, aparecía en el cielo un extraño vehículo volador.

Venía por los tres extraterrestres.

Estos subieron al vehículo, que seguidamente se elevó,

desapareciendo con rapidez.

—Nos prometieron que apagarían los volcanes activados por ellos, antes de abandonar la Tierra —dijo Rory al profesor Fellner.

—Esperemos que lo hagan —suspiró el geólogo.

—Estoy segura de que cumplirán su palabra —dijo Melba.

Y así fue.

Por la mañana, los volcanes que habían entrado furiosamente en erupción en los últimos días, dejaron de vomitar lava.

Cuando tuvieron noticia de ello, Rory comentó:

—Fue una suerte que consiguiéramos pactar con los extraterrestres, profesor. Si hubiéramos destruido su nave, más adelante hubiesen llegado más naves con la misma misión: destruir la Tierra. Al haber tratado con ellos, eso ya no sucederá. Les demostramos que somos gente pacífica.

—Sí, el problema se resolvió de la mejor manera —estuvo de acuerdo el geólogo—. Y se resolvió gracias a ti, Rory, que conseguiste capturar a uno de esos seres y demostrarle al comisario Marvin que vuestra historia era cierta. De no ser por eso, los extraterrestres hubiesen llevado adelante su plan y habrían hecho estallar la Tierra. Nada ni nadie se lo hubieran impedido.

—Lo más triste, es que Viviana y los Wallace hayan perdido la vida —dijo Melba.

—Desde luego —asintió Norbert Fellner—. Pero los extraterrestres también perdieron a siete de los suyos. Y nos debe consolar el pensar que hubieran podido morir muchas más personas.
Es verdad —dijo Rory—. Lo importante es que la Tierra ya no corre peligro.

—Que sigamos mucho tiempo así, es menester —suspiró el geólogo.

FIN